

Esplendor y Humillación: China, 1680-1945



JAVIER ALCALDE CARDOZA



**IDEI
PUCP**

**ESPLENDOR Y HUMILLACIÓN:
CHINA, 1680-1945**



**IDEI
PUCP**

Esplendor y Humillación: China, 1680-1945

Javier Alcalde Cardoza

2021

*Esplendor y humillación:
China, 1680-1945*

1ª ed., setiembre de 2021

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-10264

ISBN N° 978-9972-671-82-1

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Instituto de Estudios Internacionales (IDEI)
Plaza Francia 1164, Lima 1 – Perú
Email: idei@pucp.edu.pe
Telf.: (51-1) 626-6170
URL: <www.pucp.edu.pe/idei>
<www.facebook.com/ideipucp>

Autor:

Javier Alcalde Cardoza, Pontificia Universidad Católica del Perú

ID orcid: 0000-0001-7698-290X

Derechos reservados. Se autoriza la reproducción de este texto por cualquier medio, siempre y cuando se realice la referencia bibliográfica.

Todas las publicaciones del IDEI-PUCP pasan por revisión de árbitros pares.

Diseño de cubierta: Eduardo Aguirre

Diagramación: Equis Equis S.A.

1a ed. Digital, setiembre de 2021

Libro electrónico disponible en:

<http://repositorio.pucp.edu.pe/index/hanle/123456789/123985>

*China es una gran civilización
que ha tenido un par de malos
siglos.*

Deng Xiaoping*

* Frase atribuida a Deng Xiaoping en una conversación con Henry Kissinger (Stavridis, 2017, p. 174).

ÍNDICE

Presentación	11
Introducción: China en la cumbre ¿Cuánto sabemos de ella?	13
1. El Imperio hasta el Siglo de Oro Qing (1780)	19
1.1. Qin y Han	19
1.2. Tang: la visión del Reino Medio	20
1.3. China, India y el Budismo	21
1.4. Yuan	22
1.5. Ming	23
1.6. Qing	26
2. El Siglo de la Humillación, hasta el fin del imperio (1912)	29
2.1. Rebeliones y sociedades secretas	31
2.2. Guerra del opio y apertura de China	32
2.3. Nuevas rebeliones y amenaza de secesión	33
2.4. Reformas fallidas	35
2.5. Insurrección de 1911 y fin del imperio	41
3. La revolución nacionalista: claroscuros de una postración, 1912-1945	45
3.1. El Movimiento 4 de mayo	45
3.2. Interludio: Tíbet y la Línea McMahon	48
3.3. Insurrección en Shanghái y ruptura nacionalista-comunista	49
3.4. Década de Nanjing, invasión de Manchuria y Larga Marcha	54
3.5. Guerra con Japón, 1937-1945	58
Conclusiones	63
Referencias bibliográficas	67

Presentación

Al cumplir sus 30 años de existencia, el Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú ratifica una de sus principales líneas de investigación, cual es el análisis de la política internacional y de la política exterior de las principales potencias del mundo.

En tal sentido, la presente publicación del profesor y miembro asociado del IDEI Javier Alcalde responde perfectamente a esta línea de acción, pues está dedicada al estudio de un importante tramo de la historia contemporánea de la República Popular China, convertida hoy en una superpotencia mundial.

Este trabajo parte de tres premisas: 1) que China ha llegado a ser la segunda potencia del mundo y a convertirse en un segundo polo de influencia global; 2) que su evolución histórica moderna, en particular su inserción internacional, ha sido estudiada con mucho menor profundidad que las de las grandes potencias occidentales; y, 3) que puede haber importantes lecciones a extraer de su evolución histórica. En este contexto, la obra examina el apogeo del Imperio, bajo la dinastía Qing, su inmediata caída en el *Siglo de la Humillación* a partir de 1839 y, en particular, la fase de la Revolución Nacionalista hasta la segunda guerra con Japón (1937-1945).

Asimismo, el autor analiza las causas de las crisis que trajeron el *Siglo de la Humillación* y las razones por las que en China no se dio una gran reforma interna como en Japón. Se destaca también la capacidad de insurgencia de las masas rurales, la influencia subversiva del factor religioso y las amenazas de secesión de algunas rebeliones.

En lo externo, la obra subraya las influencias de la Rusia, tanto zarista como soviética, y de Japón. Encuentra que la primera guerra con Japón (1894-1895) produjo un gran cambio en la posición internacional de China así como en la actitud de sus élites urbanas en la tarea de construir una nación moderna.

En medio de la anarquía inicial de la Revolución Nacionalista, el trabajo singulariza una movilización social (Movimiento 4 de Mayo) que dio un vuelco decisivo a la situación modelando la idea de una nación china. También refiere que en la ciudad de Shanghai se desarrolló un pujante capitalismo chino así como un poderoso intento revolucionario del proletariado, que fue cruentamente debelado.

Finalmente, se señala que la segunda guerra con Japón hizo aflorar en los campesinos movilizados por el Partido Comunista, un vigoroso sentimiento que completó las condiciones para lanzar, en 1949, un proyecto integral de nación china.

Se trata, en suma, de un estudio de particular importancia e interés, pues no solo aborda parte de la historia de la gran potencia asiática sino que permite explicarnos su evolución y actual comportamiento. Por lo demás, como es costumbre en Alcalde, la seriedad del trabajo, el cuidado en el manejo de las fuentes y su gran capacidad y conocimiento para el análisis certero garantizan la buena acogida de esta investigación, como justo homenaje hacia el autor.

Plaza Francia, 9 de setiembre de 2021

Consejo Directivo del IDEI

Introducción

China en la cumbre ¿Cuánto sabemos de ella?*

En 1990, cuando se desploma el orden bipolar de Estados Unidos de América (EE.UU.) y la Unión Soviética, el producto interno de China era veinte veces más pequeño que el de EE.UU. A 2020, la diferencia se ha reducido a 1.5 veces y sigue acortándose. En términos de paridad de poder adquisitivo, China ya tiene la primera economía del mundo. Al mismo tiempo, Beijing ha logrado traducir su crecimiento económico en una impresionante red de influencia económica y diplomática y un gran poderío militar; por ejemplo, ha llegado a construir la marina de guerra más grande del planeta (Banco Mundial, 2020; Kalyanaraman, 2020).

Desde comienzos del siglo XXI China apareció como un nuevo polo con extraordinaria fuerza, sobre todo en lo económico. Hace ocho años (en 2013) reveló su propósito de rivalizar con EE.UU. y convertirse en una superpotencia integral, alineando importantes herramientas para lograrlo (tales como la Iniciativa de la Franja y de la Ruta). Por su parte, Washington ha reconocido, tal vez un poco tarde —en la Estrategia de Seguridad 2018—, que Beijing no se comporta precisamente como un solícito aprendiz de sub-hegemón sino como un rival global al que debe hacer frente.

Creemos que no puede seguirse hablando de un sistema “apolar” si tomamos en cuenta la presencia ubicua de estos dos gigantes; ni tampoco de multipolaridad, porque no se divisa en el panorama internacional actual, ni se anticipa a mediano plazo, otro polo de poder e influencia que se acerque al nivel de EE.UU. y China (habida cuenta de que hay diferencias entre ambos). Puede prestarse a confusión que tanto China como Rusia se refieran a un designio de hacer el mundo “más multipolar”, pero esta es solo una expresión retórica para decir, en realidad, menos unipolar, es decir, menos centrado en EE.UU.

En el caso de otros posibles polos, podríamos pensar, haciendo un esfuerzo, en la Unión Europea (considerada a comienzos de siglo por algunos como una nueva superpotencia); tendríamos, sin embargo, que tomar en cuenta que en cincuenta años de empeño no ha conseguido convertirse en un actor internacional unificado¹ y que desde 2008 viene padeciendo disensiones y crisis internas (incluyendo la salida del Reino Unido). Otros actores individuales de

* Versión corregida y ampliada del artículo “China antes de su ascenso”, publicado en la *Revista Internacia* de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en diciembre de 2020.

peso, como Alemania, India, Japón o la misma Rusia, simplemente no revelan en su comportamiento el propósito de formar un polo independiente.

El panorama más reciente, en nuestros días, muestra, por el lado de China, la continuación de su ascenso, incluyendo un eficiente aunque controvertido manejo de la pandemia del Covid-19 (así como las potenciales ventajas que derivaría de este manejo y de una temprana recuperación económica).

Por el lado de EE.UU., por el contrario, apareció una brusca tentativa de reacomodo de la hegemonía por la administración Trump, disminuyendo costos y compromisos externos y apelando al unilateralismo. Esta actitud trajo fricciones de Washington con sus aliados y una erosión del liderazgo internacional estadounidense, así como serios desacuerdos internos. También incluyó la adopción de una actitud más crítica y aun hostil hacia China.

Este panorama nos mueve a pensar que las distancias relativas en poder y niveles de influencia entre China y EE.UU. se han acortado aún más y que Washington parece contemplar una estrategia de confrontación que le ayude a frenar y disminuir a un actor al que ya considera su adversario global. De esta manera, podría afirmarse que desde 2017 (comienzo de la administración Trump) nos hallamos en un orden propiamente bipolar y con tendencia a una mayor polarización.

En esta situación, China ha dejado de ser una potencia emergente; ahora es una potencia establecida en el primer nivel de la jerarquía de Estados, cuyos valores no coinciden completamente con los valores centrales del orden y cuyos intereses compiten con los de la potencia hegemónica y rectora del orden.

Es cierto que ambas potencias no se hallan en condiciones idénticas. EE.UU.—al igual que durante el orden que denominamos de la Guerra Fría en su situación frente a la URSS— es capaz de mantener un clima hegemónico (a base del conjunto de sus capacidades militares, económicas y normativa) y tiene una mayor injerencia en el manejo del orden global.

En la perspectiva de la constatación fundamental del arribo de China al primer nivel del poder mundial, en este trabajo vamos a ensayar una muy breve y preliminar aproximación al perfil histórico de la potencia asiática.

La evolución moderna de China no ha recibido una atención comparable a la que han tenido los procesos políticos desarrollados en Inglaterra, Francia,

¹ Desde la década de 1970 con el proceso de Cooperación Política y luego el Informe Tindemans.

EE.UU., Rusia o Alemania en conexión con sus tentativas hegemónicas. Esto se explica en gran medida por lo reciente del ascenso chino. Pero es también consecuencia de un sesgo general a favor del estudio de la evolución de la civilización occidental. Por ejemplo, si queremos examinar la historia de China en la monumental *The New Cambridge Modern History* (publicada en la década de 1960), debemos consultar en distintos volúmenes la sección correspondiente al Lejano Oriente.

Encontramos además una relativa deficiencia en la historiografía contemporánea sobre China, por un lado, en la escasez de estudios generales que conecten adecuadamente su evolución del siglo XX con los procesos que ha experimentado en siglos anteriores, o que comparen la evolución moderna de China con la de otras grandes potencias². Por otro lado están las perspectivas polarizadas, reminiscentes de la Guerra Fría, que adoptan un gran número de trabajos sobre la Revolución Comunista en China. Estas deficiencias se hacen agudas en la literatura en castellano.

La situación se vuelve particularmente provocadora cuando observamos algunos episodios de la historia moderna de China cuyo esclarecimiento, estimamos, podría ser decisivo para entender mejor sus características y su dinámica como nación y Estado. Hallamos, primero, un imperio milenario cuyo momento de máximo esplendor fue seguido por una fuerte caída y una larga postración (1780-1949). Esta postración, a su vez, dio paso a un dramático resurgimiento, con la Revolución Comunista y un posterior ascenso al primer nivel mundial en menos de setenta años (1949-2017).

Sabemos que en China hay muchos que tienen una visión cíclica de su historia: que a través de miles de años China ha pasado recurrentemente del esplendor a la decadencia y a la regeneración y que ahora está en una fase de regeneración que la lleva a volverse poderosa y prominente (Westad, 2012, p. 17). Vemos también que en Occidente algunos historiadores comienzan a destacar la centralidad de la caída y el ascenso de China³. Sin embargo, más allá de esta última coincidencia, que solo se da en una minoría de autores occidentales, estimamos que hay distintas interpretaciones y perspectivas de estos procesos y todavía una insuficiente reflexión en cuanto a la relevancia que ellos pueden tener para el análisis de la actual superpotencia asiática.

En este trabajo vamos a dar una mirada muy rápida aunque un tanto reflexiva a las que consideramos tres de las principales etapas de la historia moderna de

² En lo comparativo, tenemos en mente, por supuesto, trabajos especializados consagrados, como los de Barrington Moore (1966) y Theda Skocpol (1979).

³ Tales como Fenby (2008) y Unschuld (2013).

China: el apogeo de la dinastía Qing y la concurrente génesis del llamado Siglo de la Humillación (ambos que van desde 1680 hasta 1839)⁴; posteriormente, el desenvolvimiento de una primera fase del Siglo de la Humillación (desde 1839 hasta 1911); y finalmente, en particular, la fase de la Revolución Nacionalista, hasta el fin de la segunda guerra con Japón (1912-1945)⁵.

En nuestro recorrido profundizaremos en algunos rasgos y momentos que nos ayuden a comprender mejor la dinámica de la evolución de China, la textura de su nación y Estado, algunas de sus vulnerabilidades como unidad política y los principales valores, motivos, temores y preocupaciones que han guiado a sus estadistas y actores sociales. Observaremos especialmente la conexión que ha tenido su evolución política y económica con Occidente y los grandes cambios registrados en ella.

Más concretamente, indagaremos acerca de las causas de las crisis que precipitaron la caída de China en el Siglo de la Humillación y luego las razones por las que en este país no se dio una gran reforma interna como en Japón. Apreciaremos el potencial de insurgencia que ya entonces tenían las masas rurales, la influencia del factor religioso en las rebeliones y las amenazas de secesión que a veces comportaban.

Veremos que la primera guerra con Japón (1894-1895) efectuó un gran cambio en la posición internacional de China así como en la actitud de sus elites respecto a la construcción de una nación moderna.

En cuanto a la Revolución Nacionalista, hallaremos que en medio de la anarquía, luchas intestinas y corrupción que ella trajo, se produjo una transversal movilización de la sociedad china de rechazo a la opresión por parte de estructuras internas obsoletas como de actores externos imperialistas (Movimiento del 4 de Mayo), la cual dio un vuelco a la situación. Hubo también una cristalización de la idea moderna de una nación china en torno a la etnia Han.

Veremos que la incipiente burguesía china pudo en esta fase nacionalista construir un pujante capitalismo en algunos puertos en concesión y zonas internacionales (como Shanghái), que se conectaron ventajosamente con el capital extranjero, se proyectaron al exterior y consiguieron adaptarse a la corrupción gubernamental.

⁴ El *Siglo de la Humillación* se considera que va desde 1839 (Primera Guerra del Opio) hasta 1949.

⁵ No cubrimos la fase 1945-1949, de guerra civil, al considerar que puede ser mejor tratada como parte del triunfo de la Revolución Comunista, que constituye una etapa diferente.

El Partido Comunista Chino, por otro lado, no encontró ausencia de espíritu revolucionario en el proletariado. Hubo aparentemente una eficaz acción concertada de cuadros, agitadores y masas en la consecución en 1927 del traslado del gobierno nacionalista a Wuhan —segundo centro obrero del país— y el estallido de insurrecciones en Shanghái —principal polo sindical y capitalista. El gobierno de Wuhan desautorizó el entendimiento de Chiang Kaishek con la burguesía de Shanghái con el propósito de combatir a los rebeldes. Y después del aplastamiento de la rebelión en esta ciudad, se dieron más de cien levantamientos populares en todo el país.

Entre las grandes potencias, observaremos especialmente los roles de Rusia y Japón con relación a la transformación de China. La primera, por un lado, fue de las que más aprovechó la debilidad del imperio tardío, pero también la única potencia que apoyó a China después de la derrota ante Japón (1895) y con la cual Beijing suscribió su primera alianza moderna. Asimismo, después de la Revolución Bolchevique, proporcionó una ayuda decisiva —aunque interesada— a la supervivencia temprana de la república, tal como veremos en la parte 3.

Japón, por su parte, fue una gran inspiración para la modernización de China; al mismo tiempo, su comportamiento imperialista resultó un enorme acicate para el nacionalismo chino. La segunda guerra con Japón, que pudo haber llevado a un nuevo ciclo de dominación extranjera (como bajo los mongoles y los manchúes), encontró a una China en transformación que pudo resistir la arremetida y salió de ella fortalecida como nación.

Este trabajo no tiene idénticas características al de un historiador profesional, que identifica y organiza rigurosamente un gran número de fuentes secundarias y recurre a fuentes primarias para entender la realidad. Es el trabajo de un internacionalista que explora, sintetiza y postula conexiones a partir de una selección limitada de fuentes secundarias, mayormente occidentales y de los últimos sesenta años, en la cual ha tratado de conseguir cierto grado de diversidad de perspectivas⁶.

Lo que el trabajo persigue es destacar y ensamblar algunos hechos e interpretaciones de procesos históricos de un pasado relativamente cercano que puedan incitar a la reflexión y permitan entender mejor el desenvolvimiento y la naturaleza del Estado chino en la perspectiva de su evolución internacional. Intenta, por un lado, proporcionar una visión apretada del pasado reciente de

⁶ En particular, las fuentes de origen o perspectivas no occidentales que hemos utilizado —incluso una relacionada con el Partido Comunista Chino— son las siguientes: Kalyanaraman, 2020; Lu, 2010; Mishra, 2012; Toh, 2017; Tsui Chi, 1962; y, Zhang y Fan, 2003.

China para un público no especializado y, por otro lado, llevar la atención de un público más especializado a algunos elementos menos discutidos de ese pasado.

La ortografía de los nombres y topónimos chinos la tomamos de Zhang y Fan, *The History and Civilization of China* (2003) que corresponde al sistema de transliteración Pinyin.

Capítulo 1

El Imperio hasta el Siglo de Oro Qing (1780)

Aunque la primera dinastía fue la Xia (2070 a.C.), los registros escritos de la historia china comienzan con la dinastía Shang (1600 a.C.). El núcleo duro de la civilización china se forma posteriormente, durante la dinastía Zhou (770 a.C.), cuando se desarrollan las doctrinas filosóficas de Confucio y Lao Tsé (taoísmo). Especialmente la primera modelará la sociedad y el Estado durante el Imperio.

1.1. Qin y Han

La unificación del Imperio chino ocurre durante las dinastías Qin y Han, al cerrarse el periodo llamado de los *Estados Combatientes* (463-222 a.C.), que fue uno de extraordinaria violencia y fragmentación. Uno de los siete principales contendores en esta extendida conflagración, el estado Qin, emergió finalmente como triunfador (221 a.C.). Se considera que en este periodo (aunque hay considerable controversia en cuanto al autor y la época de la obra) el general Sun Tzu escribió *El Arte de la Guerra*, tratado magistral que deja un extraordinario testimonio de la diplomacia y la estrategia de los estadistas y militares chinos⁷.

El emperador Qin Shi Huang (literalmente, el primero de la dinastía Qin) estableció un sistema único de escritura en el Imperio, proveyó a este de un marco legal unificado y comenzó la construcción de la Gran Muralla, para protegerlo de la constante amenaza de los nómades del noroeste. El Imperio, una vez centralizado, se fortaleció apreciablemente durante los cuatro siglos de la dinastía Han (206 a.C. – 220 d.C.). Las fuerzas imperiales establecieron y protegieron, además, rutas comerciales que llevaban la seda china, a través del Asia Central, hacia la India y Roma. Al mismo tiempo, bajo los Han, se dio un florecimiento cultural que definió perdurablemente la identidad china. Se acostumbra, así, a hablar de una etnia Han que corresponde a la vasta mayoría de la población china.

Podemos mencionar, a manera de comparación, que en Occidente el Imperio Persa de los Aqueménidas —considerado el primer imperio universal de la historia—, se desarrolló entre el 559 a.C. y el 330 a.C. La República de Roma, antecedente inmediato del Imperio Romano, data del siglo V a.C.

⁷ Kissinger destaca la distintividad de la diplomacia y estrategia chinas, que favorecen la victoria a través del logro de una ventaja psicológica, evitando en lo posible el conflicto directo (Kissinger, 2011, p. 25).

1.2. Tang: la visión del Reino Medio

Cuatro siglos después de los Han, la dinastía Tang (618-907) se convierte en una cumbre temprana de la civilización china. Changan (hoy Xi'an), su capital, es la ciudad más grande y moderna del mundo, en el extremo oriental de la *Ruta de la Seda* (la cual recibió este nombre, en Europa, en el siglo XIX).

Mientras que la Europa medieval apenas tenía en ese momento unas pocas ciudades con decenas de miles de personas, que habitaban mayormente en chozas (a excepción de Córdoba en España, que era entonces capital del Califato Omeya), en China había más de veinte ciudades con poblaciones superiores al medio millón, cuyos estratos altos y medios vivían en elegantes residencias rodeadas de sofisticados monumentos y jardines (Farndon, 2008, p. 234).

La dinastía Tang construyó también la mayor parte del Gran Canal, el otro prodigio ingenieril de la China imperial, que une los dos grandes ríos del país, el Amarillo y el Yangtsé, desde Beijing hasta Hangzhou, siendo el más largo canal o río artificial del mundo (1.800 kilómetros).

En la Era Tang ya se habían producido en China las *Cuatro Grandes Invenciones* que revolucionaron la vida civilizada: la brújula (siglo II a.C.); el papel (siglo II); el estampado y la imprenta (siglos III y IX, respectivamente); y la pólvora (siglo IX) (Needham, 2004)⁸.

En medio de la prosperidad de grandes sectores de la población y en un relativo aislamiento⁹, el Imperio chino va desarrollando la visión de ser un *Reino Medio* (*Chung Kuo*), en el centro del mundo, rodeado de una periferia de Estados inferiores. Transmite la idea de un imperio universal y se mantiene muy distante de la noción de una igualdad básica de los Estados, que Occidente va a consagrar en el siglo XVII en el sistema de Westfalia. China percibe un sistema escalonado de Estados, que poseen una cultura poderosamente influenciada por ella. Los demás Estados del sistema están de acuerdo con la concepción china (Bull y Watson, 1984, p. 174).

En la realidad, estos Estados llevaban adelante la práctica de enviar periódicamente Misiones de Tributo al Emperador portando presentes. Recibían los beneficios de intercambio comercial y protección militar del Centro. Corea, Laos, Tailandia y Birmania se contaban entre estos Estados. Con pueblos de inferior nivel cultural, los chinos hacían menor uso del comercio y empleaban más la

⁸ Las *Cuatro Grandes Invenciones*, como se les conoce en la cultura china.

⁹ Modelski y Thompson (1996) señalan que desde el siglo I a. C. hubo varias rutas, terrestres y marítima, entre Europa, la India y China, que constituyeron hasta 1500 uno de los principales ejes de la economía mundial.

amenaza y la fuerza, la ayuda y el fomento de la división para ejercer un grado de control. Eran los casos de los Xiongnu de Mongolia¹⁰, del Tíbet y de varios pueblos del Asia Central. Esta última categoría de pueblos distaban mucho de estar sometidos. En el año 763, por ejemplo, los tibetanos atacaron y saquearon la capital Changan (Stearns, 2001, p. 149).

Es notable encontrar la idea del comercio exterior claramente como un instrumento de influencia para el Imperio y no de disfrute y beneficio mutuo entre los pueblos, concepción esta última que cobraría mayor fuerza en Occidente a partir de los siglos XVIII-XIX. También destaca el hecho que China no se arrogaba el derecho de controlar los asuntos internos de los Estados tributarios (Hudson, 1960, p. 686).

Internamente, el Imperio reposaba sobre la hegemonía de una fracción integrada por terratenientes, intelectuales y burócratas del Estado, estos últimos elegidos sobre la base de un sistema riguroso de exámenes.

El funcionamiento del Imperio se basaba en las enseñanzas de Confucio (siglo V a. C.), orientadas por los principios de Orden de las Cosas (Li) y Empatía y Fraternidad (Jen). Según el primer principio (Li), todas las personas, desde el Emperador hasta el más humilde campesino, tienen obligaciones hacia los demás; debe haber observancia de las normas de autoridad y el Emperador y sus ilustrados asistentes deben ser ejemplos de ello.

El segundo principio (Jen) se aplica principalmente dentro de la familia, pero debe extenderse a los amigos, socios y vecinos. En síntesis, predica tratar a los superiores con respeto y a los inferiores con generosidad.

1.3. China, India y el Budismo

Entre los siglos II a. C. y el siglo X, se desarrolló un extraordinario proceso de intercambio espiritual entre la China —que desde su unificación era la primera potencia de Asia— y la India que —aunque solo intermitentemente unificada— era, por su población y riqueza, la segunda potencia de la gran región.

Ambas se habían ignorado largamente en su evolución, no solo por las barreras geográficas que las separan sino también por sus propias percepciones de grandeza política y cultural, y especialmente por la autosuficiencia del Imperio chino.

Esto comenzó a cambiar cuando el Budismo de la India, promovido por el emperador Asoka, llegó a la China, a comienzos de la era cristiana. Allí encontró

¹⁰ Gran confederación de pueblos nómades que era una de las principales amenazas para la seguridad de China.

en el Taoísmo una doctrina que, a diferencia del Confucianismo, tenía componentes metafísicos y que le sirvió como puente para establecerse.

En efecto, el Budismo, adaptado laboriosamente a lo largo de siglos por la iniciativa de monjes, peregrinos y estudiosos chinos que visitaron la India, atrajo a muchos habitantes del Imperio. Ellos hallaron insuficientes los ámbitos de la familia y del gobierno, privilegiados por la doctrina de Confucio, en un impulso de referir sus vidas a un ámbito trascendente, que era lo que ofrecía el Budismo.

Una versión china del Budismo, el *Budismo Chan*, alcanzó un importante nivel de desarrollo al fin de la dinastía Tang, en el siglo X, posicionándose, como doctrina ético-religiosa, detrás del Confucianismo y el Taoísmo entre la población.

Culminó de esta manera un intenso proceso de interacción y acercamiento entre dos potencias y civilizaciones que eran básicamente diferentes en sus perspectivas éticas, organización política y aun podríamos decir en su carácter nacional¹¹. De China, el Budismo pasó a Corea y Japón, donde surgió el *Budismo Zen* (Bozeman, 1994, pp. 146-161).

La historia, sin embargo, siguió su marcha y el Budismo, al mismo tiempo que se convertía en la gran religión de Asia del Este, iba siendo reducido a una mínima expresión en la India, por el avance del Islam. Tampoco se mantuvieron los importantes lazos culturales de la etapa formativa del Budismo chino en las relaciones entre China e India.

1.4. Yuan

Los mongoles fueron los primeros gobernantes extranjeros del imperio chino. Se demoraron más de treinta años en la conquista de China y para lograrla debieron efectuar un genocidio pues aniquilaron a más de 35 millones de personas, 30% de la población (Findlay y O'Rourke, 2007, p. 103). En 1278, Kublai Khan, quien fundó la dinastía Yuan, unificó China bajo su dominio. Los primeros tiempos de gobierno fueron de extrema crueldad con la población (Tsui Chi, 1962, p. 219).

China se volvió parte del inmenso Imperio mongol, que se extendía desde el Pacífico hasta las orillas del Mediterráneo (incluyendo el territorio de lo que sería después Rusia). En esta dimensión, el Imperio mongol constituyó, durante sus

¹¹ Carácter Nacional o Espíritu Nacional, según autores como Aron (1966) y Morgenthau y Thompson (1985), un conjunto de rasgos que mantienen los individuos de una nación a través de generaciones.

dos siglos de duración, un gran puente entre Europa y Asia. La capital china, Dadu (Beijing), fue visitada por muchos europeos, entre ellos Marco Polo.

El gobierno mongol fue muy eficiente y promovió cierto brillo cultural y un grado de prosperidad en China. La *Pax Mongolica* estimuló y mantuvo abiertas las rutas del Norte del comercio Este-Oeste (de Génova a Beijing) por más de cien años, anticipando la realidad de un sistema mundial interconectado dos siglos antes de los grandes descubrimientos (Findlay y O'Rourke, 2007, p. 106).

Sin embargo, en la organización social los mongoles colocaron a los chinos como súbditos de segunda categoría y llegaron a reemplazar el chino por la lengua mongola como idioma oficial. Por estas razones, desde mediados del siglo XIV estallaron rebeliones contra el gobierno; el territorio fue quedando dividido entre diferentes jefes militares regionales chinos (*warlords*). Uno de ellos, de origen campesino, Zhu Yuanzhang, se impuso sobre los demás y en 1368 se proclamó emperador y fundó la dinastía Ming, poniendo a los mongoles en retirada antes de cumplir un siglo de dominación.

El historiador italiano Martinelli (1974, t. I, pp. 631-634) señala una peculiaridad del nacionalismo chino, que, según él, no se basaría en un sentimiento de antagonismo contra otros pueblos, ni aun contra la dominación extranjera, sino en la conciencia de una superior civilización común. Así, los chinos habrían aceptado la apropiación por los mongoles de las riquezas y las mejores tierras, los mejores cargos y privilegios, pero no que estos ex bárbaros, chinos por adopción, borrarán la lengua china.

Pese a esto, los Ming conservaron la lengua mongola en sus tratos diplomáticos, con el objeto de asegurar continuidad en sus relaciones con el mundo exterior (Weatherford, 2004, p. 252).

1.5. Ming

La dinastía Ming representó el retorno del control del Imperio por los chinos, pero las expectativas que pudo crear se vieron pronto un tanto debilitadas para el grueso de la población. Las políticas del gobierno en una primera fase intentaron favorecer a los campesinos decretando una reforma agraria que finalmente fracasó¹²; su actitud en general fue represiva. En unas pocas décadas, la administración fue ganada por la corrupción y desmejoró su funcionamiento.

¹² La reforma agraria fue realizada por el emperador Zhu Yuanzhang, la que fue sabotada por los latifundistas de Cantón y Shanghái que la hicieron fracasar (Martinelli, 1974, t. I, pp. 639-640).

En esta época se pusieron en marcha importantes cambios en la sociedad china, impulsados, por dos factores: una economía dinamizada por el comercio debido a la conexión que establecieron los mongoles con el mundo exterior (Roberts, 2003, 161, Clydesdale, 2017, p. 55)¹³; y, sobre todo, el flujo de plata proveniente de las Américas, que llegó a través de comerciantes portugueses y españoles en el siglo XVI. La plata monetarizó la economía propiciando una bonanza comercial.

De manera similar a lo que ocurría en Occidente con el advenimiento del capitalismo, la adquisición de dinero y su uso para mejoras materiales y lujo se fueron tornando motivos fundamentales para la acción, tanto en las ciudades como en el campo, poniendo bajo presión a la moral y los principios tradicionales (Zhang y Fan, 2003, p. 162). La riqueza tendió a concentrarse. Concretamente, se consolidó una nueva clase de funcionarios, académicos y terratenientes, una clase media alta rural (*shenshi* en chino, traducida como *gentry* en inglés), que durante los Ming llegó a ser 2% de la población (Roberts, 2003, p. 182). Dentro de esta clase fue surgiendo una burguesía que valoraba altamente la libertad individual. La búsqueda de fortuna a través de los negocios adquirió respetabilidad (Clydesdale, 2017, p. 116).

Por otro lado, las innovaciones científicas y técnicas que aparecían en la era del progreso de Occidente comenzaron a divulgarse en esta época en China, a partir de la labor de los jesuitas, que fueron admitidos en 1601. Hubo notables publicaciones chinas sobre agricultura y procesos de manufactura. En la agricultura se incrementó el uso de fertilizantes (Zhang y Fan, 2003, p. 170).

Finalmente, de manera similar a las potencias occidentales, China desarrolló sus capacidades navales, aunque solo por un período muy breve y sin obtener aparentemente mayores beneficios de ellas. El eunuco musulmán Zheng He fue enviado por el emperador Yongle a la cabeza de cinco expediciones marítimas (entre 1407 y 1421) que cubrieron la isla de Java, el océano Índico, las costas de la península arábiga y el África Oriental.

Los navíos de Zheng constituyeron las flotas más numerosas y avanzadas del mundo en ese momento (fueron los primeros navíos en llevar cañones instalados en ellos) (Black, 2007, p. 70). McNeill indica que los navíos más grandes chinos desplazaban probablemente 1.500 toneladas (en comparación con las 300 toneladas de la nave mayor de Vasco da Gama, quien llegaría al océano

¹³ Asociaciones de comerciantes musulmanes captaban el grueso de las ganancias del comercio por la Ruta de la Seda durante la dinastía Yuan; sin embargo este alcanzó a beneficiar a la economía en general y a sostener la prosperidad de importantes ciudades como Hangzhou (Roberts, 2003, p. 171).

Índico a fines del siglo XV). Superaban también en todos los aspectos a las naves que después comandarían tanto Colón como Magallanes (McNeill, 1982, p. 44).

Hubo una sexta expedición, en 1431, en la que Zheng llevó una misión de 25.000 hombres, pero después de la cual no solo acabaron las expediciones sino también comenzó a decaer la construcción naval china.

Varios autores afirman que estas expediciones fueron ajenas a propósitos de expansión territorial; que sus fines eran aumentar el prestigio de China así como el número de sus Estados Tributarios, y posiblemente ensayar una Ruta Marítima de la Seda¹⁴.

La razón de su finalización no ha sido esclarecida. Para Abu-Lughod (1989, citada por Arrighi, 1999, p. 51), se trata, en el fondo, de una gran pregunta sobre por qué China habría abandonado una acción que la podría haber llevado a una posición de supremacía en el mundo.

Entre los autores que dan opiniones sobre este último punto, Martinelli señala que, por la escasez de recursos que acusaba el Imperio, los viajes fueron financiados por capitales privados y que estos se habrían desanimado ante los pobres retornos económicos. En este sentido, parecería haber sido importante el hecho de que no había en la China del siglo XV muy fuertes deseos de ampliar el comercio exterior ni de obtener productos exóticos, los cuales fueron los que llevaron poco después a los europeos a realizar grandes viajes marítimos. Otra razón pudo haber sido el cuadro de conflictos internos y externos que se configuró por esos años en el Imperio, los cuales se desarrollaron largamente por tierra (Roberts, 2003, p. 174; Martinelli, 1974, t. I, p. 665; Tsui Chi, 1962, p. 249).

Como dijimos, en la segunda mitad del siglo XV se hizo manifiesta una declinación de la administración imperial Ming acompañada por luchas internas de poder. Particularmente notable resultó el creciente predominio de los eunucos, servidores de confianza del emperador. De haber sido herramientas del soberano frente a la influencia de los burócratas, llegaron a controlar a los emperadores, para acumular poder y riqueza personales. Como consecuencia de esta situación, en el siglo XVI se hicieron frecuentes los levantamientos, amotinamientos y rebeliones en todo el territorio.

¹⁴ La ausencia de un propósito imperialista la subraya, por ejemplo, Toh (2017, p. 13). Sin embargo, Black refiere que en la tercera expedición, en 1411, Zheng invadió Sri Lanka (2007, p. 70).

Las guerras externas fueron otro serio problema para la dinastía Ming. Durante los siglos XV y XVI tuvo que combatir una prolongada insurrección en Annam (Vietnam); luchar contra piratas y corsarios japoneses que asolaban el litoral Este y aún recorrían el río Yangtsé; y enfrentar a los nómades en el Norte, cuyo poderío militar se había vuelto similar al del Imperio.

En 1626 estalló una gran rebelión campesina en Shaanxi que las debilitadas y desmoralizadas tropas imperiales no pudieron debelar. En 1644, bajo un fuerte líder, Li Zicheng, los rebeldes llegaron a tomar Beijing. El comando de las tropas imperiales pidió ayuda a las fuerzas militares de Manchuria, nación que por entonces se había unificado y convertido en una potencia guerrera. La ocupación de Beijing por los manchúes, ese mismo año, marcó el comienzo de una segunda dinastía extranjera (denominada Qing por los manchúes), que sería la última del Imperio.

1.6. Qing

El período de la dinastía Qing representó el dominio de una minoría manchú sobre las elites y el pueblo chino que, a diferencia de la dinastía Yuan, optó en general por aislar el Imperio de influencias externas y limitar el desarrollo cultural interno.

Tuvo una primera fase considerada de excepcional buen gobierno entre 1661 y 1796 dentro de la cual se desarrolló el que ha sido llamado el Siglo de Oro Qing (1680-1780), que llevó al Imperio chino a su mayor esplendor. Finer circunscribe este periodo entre 1680, cuando los Qing derrotan a los últimos reductos Ming y 1780, cuando comienza a deteriorarse el gobierno del gran emperador Qian Long (Finer, 1999, p. 1129).

A partir aproximadamente de 1720, sin embargo, se empezó a dar un desequilibrio entre el crecimiento de la población y la producción de alimentos que resultó ser un componente importante para el posterior estancamiento y declinación de China conocido como el Siglo de la Humillación, que ocurriría entre 1839 y 1949.

Dos emperadores, abuelo y nieto, Kang Xi (1661-1722) y Qian Long (1736-1796), fueron la columna vertebral del Siglo de Oro Qing (1680-1780) con gobiernos muy eficientes y prolongados. Ambos gobernantes, distintivamente, fortalecieron la autoridad imperial y mejoraron la articulación del territorio, utilizando a una clase media alta rural (*Shensi*) como vínculo entre el centro y la periferia y herramienta de control sobre esta.

Esta clase media alta constituía un cuarto nivel de autoridad en el Imperio (el primer nivel era el emperador; luego los consejeros junto con la nobleza, y en un tercer nivel los distintos estamentos de la burocracia). La *Shensi* cumplía un rol más bien informal pero muy importante, de conector entre la burocracia local y la masa del campesinado (Wakeman, 1975, p. 19).

Los dos monarcas mencionados llegaron a hacer del Imperio un modelo de gobernanza, sacándolo adelante en un momento en que se hubiera podido desintegrar ante el acoso de fuerzas rebeldes y enemigos externos.

En este período el Imperio alcanzó su mayor extensión (casi se duplicó la extensión de su territorio entre 1680 y 1820)¹⁵; la reanudación del crecimiento económico permitió al pueblo alcanzar su mejor nivel de vida y trajo paz interna a pesar del dominio extranjero. En conjunto, China obtuvo un grado de desarrollo que, según Finer (1999, t. III, pp. 1130-1131¹⁶), representó la culminación de su tradición política y que resultó igual o superior al de cualquier Estado europeo antes del siglo XVIII.

Kang Xi se preocupó particularmente por ganar la aceptación del sometido pueblo chino¹⁷, realizando obras públicas, protegiendo la cultura china, dando empleo a académicos chinos en la Corte y permitiendo el nombramiento de gobernadores chinos en las provincias.

En lo externo, fue notable su capacidad de frenar a las tropas rusas que avanzaban en Manchuria y suscribir, luego, el Tratado de Nerchinsk, con Moscú (Tratado de Nipchu para China), en 1689, el cual, al reconocer la soberanía china sobre territorios al norte del río Amur, solventó siglo y medio de relaciones sin mayores tensiones entre ambas potencias (hasta 1858, como veremos más adelante).

El hijo de Kang Xi, Yong Zheng, quien lo sucedió en 1722, no alcanzó el brillo de su padre, pero tuvo el mérito de imponer un sistema de vigilancia secreta de la burocracia que contribuyó a contener el flagelo de la corrupción.

Bajo Qian Long la dinastía Qing llega a su apogeo. El emperador sobresalió especialmente por sus campañas militares, contra los Mongoles Kalmukos, que

¹⁵ Llegó a once y medio millones de kilómetros cuadrados, superando el territorio que había tenido el Imperio árabe en su período de mayor extensión, bajo los Omeyas, en el siglo VII.

¹⁶ Haciendo referencia también a Feuerwerker (1976).

¹⁷ En general, la dinastía Qing discriminaba a la población china exigiendo incluso que los varones llevaran una trenza, que era señal de sumisión.

lo llevaron a conquistar Turquestán y Tíbet, y contra los nómades Olod, al Norte de Manchuria, consiguiendo contrarrestar los avances rusos (Martirelli, 1974, t. I, p. 747). También fue considerado un gobernante de proverbial sapiencia.

Es interesante señalar que Qian Long, revelando la influencia de la moral confuciana entre los Qing, decidió abdicar en 1795 (a favor de su hijo Qian Qing) para no superar la extensión del reinado de Kang Xi como una muestra de respeto a su abuelo.

Sin embargo, en el reino de Qian Long se hizo presente la corrupción, especialmente después de 1775, cuando el monarca toleró los abusos e inmoralidades de su favorito, He Shen. Esto trajo el desprestigio de la monarquía y repercutió en un aumento de las conspiraciones por parte de sociedades secretas, así como rebeliones.

En resumen, podemos destacar que durante el Siglo de Oro, China alcanzó su mayor influencia en Asia: afianzó su dominio sobre Manchuria, Mongolia, Xinjiang (Turquestán) y Tíbet, al mismo tiempo que mantuvo sus relaciones tradicionales con los Estados Tributarios en el Este y Sudeste asiáticos.

En un período en el que el fenómeno más saltante fue el aumento de la población, la economía china funcionó bien en los aspectos comercial y financiero. Sin embargo, los Qing, como hemos visto, fueron restringiendo por razones políticas el comercio exterior. En 1757, este solo se podía realizar a través del puerto de Cantón. Se buscaba sobre todo evitar el contacto de comerciantes extranjeros con el pueblo chino que pudieran con su influencia debilitar el dominio manchú.

Las restricciones al comercio se desarrollaron paralelas a las limitaciones a los contactos culturales, los cuales quedaron minimizados por una crisis de las relaciones entre Beijing y el Vaticano en 1742, que afectó seriamente la labor de las misiones cristianas en China, además de la difusión de los avances científicos y tecnológicos de Occidente (Roberts, 2003, pp. 241-242). Los Jesuitas se retiraron de China en 1773¹⁸.

¹⁸ Debido a la supresión de la orden por el Vaticano. Los Jesuitas habían estado especialmente activos, como señalamos, promoviendo en China la difusión de los avances científicos y tecnológicos de Occidente.

Capítulo 2

El Siglo de la Humillación, hasta el fin del Imperio (1912)

Se considera que el período del Siglo de la Humillación se inicia en 1840 con la derrota de China en la Guerra del Opio, que la disminuye y permite la penetración de potencias extranjeras. Sin embargo, es preciso que retrocedamos varias décadas y nos situemos en el siglo XVIII, si queremos indagar acerca de las causas y orígenes de este singular fenómeno de la historia china, que consistió en una prolongada situación de pasividad y debilidad frente al mundo y de desorden y oscuridad internos.

Recordemos antes, brevemente, que durante el gobierno de los mongoles (dinastía Yuan), China pudo disfrutar de un comercio más o menos abierto y fluido con el exterior. Los beneficios materiales de esta conexión se prolongaron, como hemos visto, durante la dinastía Ming. A ellos se sumó la importación de plata de las Américas, operando ambos como motores para una dinamización de la economía que a su vez puso en marcha una transformación de la sociedad.

Se dieron manifestaciones tempranas de capitalismo, tanto en los hábitos de consumo como en una nueva consideración ganada por las actividades de negocios y en la prosperidad de una clase media rural (*Shensi*) que incluía un segmento de burguesía. Por otro lado, la economía se benefició también con la difusión de innovaciones técnicas, provenientes de la revolución científica que experimentaba Occidente.

Hemos visto que la primera fase de la dinastía Qing trajo un extraordinario período de buen gobierno (1680-1780) que reportó paz interna y mejoras en el nivel de vida de la población, todo esto asentado en un dominio del medio externo. Al mismo tiempo, los Qing decretaron una significativa limitación en los intercambios comerciales e intelectuales con el mundo.

Ya hemos apuntado también que a partir aproximadamente de 1720 se comenzó a hacer evidente un desequilibrio entre el crecimiento de la población y la producción de alimentos. Este hecho constituyó el primer indicio de un particular encadenamiento de factores que en unas décadas iría motivando crecientes perturbaciones en las esferas económica, social y política del Imperio.

El crecimiento demográfico superó hacia 1720 la producción de alimentos y hacia 1790 emparejó al crecimiento total de la economía, para comenzar luego

a superarlo (Roberts, 2003, p. 231). Hacia 1800 se fueron acabando las nuevas tierras para labranza en el Imperio (Skocpol, 1975, p. 74).

Hasta la dinastía Ming (1644), la producción de alimentos había aumentado, debido a las mejoras en métodos de cultivo, irrigación y uso de fertilizantes. Al mismo tiempo, durante los siglos XVI y XVII la ocurrencia de epidemias había limitado el crecimiento de la población (Roberts, 2003, p. 233).

El siglo XVIII de los Qing fue de extraordinaria paz y bienestar y estuvo libre de epidemias; como resultado, la población se duplicó holgadamente¹⁹. Por el lado de la economía, en cambio, no hubo expansión de tierras cultivables y se detuvo la innovación en las prácticas agrícolas.

Ampliando nuestro análisis, podríamos pensar que esta desfavorable situación económica se gestó también, a diferencia del caso europeo, por la falta de desarrollo de una industria moderna. Las políticas de los Qing de aislamiento comercial y cultural habrían contribuido a diezmar los “botones de capitalismo” (Roberts, 2003, p. 232) que surgieron durante los Ming y a inhibir el florecimiento de la empresa y la adopción de innovaciones en la industria.

En 1830, China mantenía todavía el primer lugar en la producción mundial de manufacturas así como el monopolio de la tecnología de fabricación de porcelana, excepcionalmente apreciada en el mundo (Kennedy, 1987, p. 149; Clydesdale, 2017, pp. 95-96). Ya no era capaz, sin embargo, de crear líneas de producción industrial moderna que revitalizaran su economía.

En el terreno militar, la ausencia de una Revolución Industrial impidió a China cosechar los avances tecnológicos en favor de la mejora del armamento de sus ejércitos, como ocurrió en las potencias europeas. En estas, además, aparecieron grandes compañías que se fueron especializando en la fabricación de armamento y equipo bélico.

En China, la ausencia de grandes rivales y de desafíos militares de envergadura, así como el espíritu de autosuficiencia de los Qing, la llevaron también por una senda distinta, por ejemplo, a la del Imperio safávida (Persa) que procuraba la mejora de su armamento (como cañones) encargando su fabricación a las grandes potencias occidentales. Particularmente en el terreno naval, China contó con barcos con cañones a comienzos del siglo XV, antes que los europeos,

¹⁹ Mientras que entre 1578 y 1719 (140 años) la población aumentó 80%, entre 1719 y 1850 (130 años) creció 260%, más que triplicando su ritmo de avance (Martinelli, 1974, t. I, pp. 738-739). Entre 1700 y 1794, bajo los Qing, la expansión demográfica fue de 150 a 313 millones, equivalente a 110% en menos de un siglo (Roberts, 2003, p. 229).

mas no encontró desafíos de expansión marítima que la hicieran proseguir esa línea de desarrollo.

El rezago militar de China, responsable último de su humillación por Occidente, quedó en evidencia en la segunda mitad del siglo XIX, cuando las potencias imperialistas descubrieron y explotaron sostenidamente la debilidad de las fuerzas imperiales.

2.1. Rebeliones y sociedades secretas

Las consecuencias del *impasse* de la economía pronto se hicieron sentir y ocasionaron el deterioro de la situación social y política de China. Las migraciones internas, de las regiones más afectadas a las más ricas, crearon conflictos sociales y el alza de los impuestos por el Estado, para aliviar la miseria de las mayorías, lo que originó resentimientos en los sectores medios y altos, predispuestos por la corrupción que percibían en las autoridades.

Estallaron vastas rebeliones promovidas por *sociedades secretas*, actores de primera importancia en la historia china, cuya presencia resultó protagónica en el proceso de caída de la dinastía Qing. Las sociedades secretas, de existencia milenaria y con un importante componente religioso, eran instrumentos de conspiración pero también herramientas de resistencia contra el despotismo, los abusos y los impuestos excesivos del gobierno. Tenían una conexión constante con las rebeliones campesinas.

Una rebelión provocada por la más importante de estas sociedades, la del Loto Blanco, marcó en 1796 el inicio de la declinación del Imperio. El reinado de los emperadores Kia King (1796-1820) y Tao Kuang (1821-1851) corresponde a este período, el cual pasa por dos fases de grandes rebeliones y comprende el agravamiento del consumo de opio por la población, la derrota en la primera Guerra del Opio con Inglaterra y la penetración de las potencias extranjeras, estas dos últimas que ya configuran el inicio del Siglo de la Humillación.

La sociedad del Loto Blanco, de inspiración budista, mostraba el antecedente de haber agitado a los campesinos en el siglo XIV contra el yugo mongol. A mediados de ese siglo había promovido una célebre rebelión denominada de los Turbantes Rojos contra los mongoles y contra los campesinos ricos, centrada en el norte de China aunque de alcance nacional (Rodzinski, 1984, p. 142).

La rebelión del Loto Blanco pudo ser debelada en 1804 pero señaló la pérdida del control del campo por el gobierno. Los campesinos ricos pasaron a controlar el gobierno rural buscando prevenir futuras rebeliones. Hubo una segunda gran rebelión organizada por la Sociedad Tien Li (Ley del Cielo) que en 1813 llegó a tomar parte de Beijing.

2.2. Guerra del opio y apertura de China

Mientras tanto la importación de opio, que había sido prohibida completamente en China en 1799, por la adicción a su consumo, se duplicó a 1820. El opio se convirtió en un problema social (en los años 1830 los opiómanos se contaban por millones); su importación trajo a China serias dificultades de balanza de pagos y el drenaje de la plata de sus arcas. La *East India Company* inglesa vendía en Calcuta el opio cultivado en la India, el cual era luego llevado por contrabandistas a la China.

En 1839, el gobierno chino tomó la drástica medida de confiscar y destruir 20.000 cargas de opio en Cantón, muchas de ellas propiedad de comerciantes ingleses. Este hecho ocasionó que, en noviembre 1839, Londres le iniciara la guerra. En 1842 China aceptó las condiciones de paz británicas en el Tratado de Nanjing, redactado enteramente por Londres, indemnizando a Inglaterra, cediéndole Hong Kong, dándole acceso a cuatro puertos adicionales a Cantón con un trato privilegiado y permitiendo el comercio de opio.

Esta guerra fue la primera demostración de la superioridad del armamento europeo en el Asia, que permitió a un corto número de tropas inglesas derrotar a las fuerzas del Imperio chino. Para China, dio origen también al primero de los *Tratados Desiguales* con potencias extranjeras, que rompieron el marco tradicional de las relaciones del Imperio con las mismas y afectaron su soberanía e integridad territorial. Las provisiones más notables de estos tratados eran la extra territorialidad, es decir la exclusión de los extranjeros del sistema judicial chino (teniendo recurso a tribunales especiales) y la eliminación de la facultad imperial de fijar aranceles con derechos de importación (estableciéndose una tarifa plana para todos los productos). La extraterritorialidad asumía fundamentalmente que los tribunales chinos no alcanzaban los estándares de la civilización (occidental).

Las primeras potencias en recibir similares privilegios a Inglaterra fueron EE.UU. y Francia. Esta última, en 1856, cuando Inglaterra volvió a declarar la guerra a China con nuevos reclamos, decidió unir sus fuerzas a las inglesas. En la llamada Segunda Guerra del Opio, las tropas anglo-francesas capturaron Cantón y Tianjin y entraron a Beijing incendiando el Palacio de Verano. El gobierno chino se vio obligado a suscribir la Convención de Beijing (1860), a la que se sumaron EE.UU. y Rusia. Este instrumento y las ulteriores acciones de ocupación de las potencias extranjeras representaron la culminación de la llamada "Apertura de China" que afectó profundamente la política de aislamiento de los Qing.

El proceso incluyó también pérdidas territoriales. En particular, China sufrió despojos de manos de Rusia entre 1858 y 1864. Bajo amenaza de guerra, el

gobernador de la provincia de Heilongjiang firmó el tratado de Aigun (1858)²⁰ que entregó un millón de kilómetros cuadrados a Rusia en áreas contiguas a los ríos Amur y Wusuli.

Por la ya mencionada Convención de Beijing (1860), Rusia consolidó su control de las áreas contiguas al río Wusuli y extendió su territorio hasta la frontera con Corea. Estableció también un puerto en el Pacífico al que elocuentemente denominó Vladivostok (Poder en el Este). Finalmente, en 1864, China fue obligada a suscribir el Protocolo de Chunguchak que cedió 440.000 kilómetros en las cercanías del lago Balkhash (Unschuld, 2013, pp. 60-61).

De manera similar, algunos Estados Tributarios de China comenzaron a ser ocupados por las grandes potencias: en 1862, en el Sudeste Asiático, Francia ocupó Annam; en 1885, Inglaterra se posesionó de Birmania.

Hasta comienzos del siglo XX, los *Tratados Desiguales* establecieron 92 puertos y sus regiones aledañas, controlados por 19 potencias extranjeras en territorio chino. Los gobiernos foráneos tenían derecho a estacionar barcos de guerra y tropas en estas áreas y a conducir libremente sus navíos por el litoral y las vías fluviales chinas. Los ciudadanos extranjeros manejaban negocios y servicios como los de aduanas, correos y transporte. Chinos y extranjeros convivían en estas zonas que, en general, ostentaban un superior nivel de vida al de las demás localidades.

La humillación de las dos Guerras del Opio, las cesiones que estas arrancaron y la apertura forzada de China a las potencias extranjeras, despertaron en los gobernantes como en las clases ilustradas del Imperio visiones del fin del mundo que conocían y de desplome de la perspectiva confuciana del orden en el cual China aparecía como inexpugnable centro moral y cultural.

Curiosamente, sin embargo, las concesiones extranjeras, al mismo tiempo que revelaban el elemento más notorio de la declinación de la China imperial, representaban el venero donde, como veremos más adelante, la población china tenía finalmente la oportunidad de adquirir ideas sobre la modernización deseable para su nación así como adoptar prácticas comerciales que fortalecían un capitalismo nativo.

2.3. Nuevas rebeliones y amenaza de secesión

En 1850, después de la Primera Guerra del Opio se inició una segunda oleada de rebeliones, de mayores proporciones que la primera. A ella contribuyeron

²⁰ La centralización de la política exterior del Imperio solo se inició, como veremos, en 1861 con la creación del Ministerio de Relaciones Exteriores.

el descontento popular con un gobierno que también se mostraba inepto en la defensa del Imperio; el empeoramiento de la situación económica por la mayor importación de bienes extranjeros, y también factores religiosos.

Las décadas de 1850 y 1860 presenciaron un número sin precedentes de levantamientos. En 1854-1855, por ejemplo, Bianco señala que 16 de las 18 provincias del Imperio estaban en rebelión (Bianco, 1971, p. 3). En algunas provincias se estima que la violencia interna hizo desaparecer a dos terceras partes de la población (Wakeman, 1975, p. 155).

La primera y largamente la más importante de estas rebeliones fue la Taiping (1850), que duró 14 años, virtualmente dividió el territorio de la China y tuvo un costo de 20 a 30 millones de muertos. Se extendió por el sur y centro del imperio, tomando como capital Nanjing donde estableció un gobierno y fue una amenaza para Beijing y Tianjin.

Su líder, Hong Xiuquan, enarbolaba un sincretismo religioso con elementos cristianos y buscaba implantar un Reino Celestial cuyas normas planteaban un cambio radical en la sociedad china. Por un lado, rechazaban las premisas del confucianismo, dando, por ejemplo, un trato de igualdad a las mujeres y, por otro, delineaban un régimen de comunismo agrario. En esta línea, el gobierno taiping emprendió también programas de asistencia a los pobres (Bianco, 1971, p. 4; Kerr, 2013, p. 105).

El ejército imperial tuvo serias dificultades para derrotar al ejército taiping y debió recurrir a la ayuda de fuerzas anglo-francesas para conseguirlo en 1864. Con ello se restauró la autoridad de la dinastía Qing en el imperio pero este siguió afligido por rebeliones hasta 1878.

El éxito transitorio de un movimiento de alguna manera inspirado en el cristianismo fue uno de los factores que influyó sobre grupos de la otra gran religión monoteísta en China, los musulmanes (en este caso la etnia Hui) que en las décadas de 1850 y 1860 se levantaron en el sur de China, en las provincia de Yunnan (los Panthay) y en el Este, en las provincias de Shaanxi y Gansu (los Dunganos) estableciendo gobiernos rebeldes.

En el caso de los Dunganos, la rebelión se extendió con fuerza al Turquestán chino (actual provincia de Xinjiang), con una población de lengua túrquica y fue eventualmente aprovechada por el encumbramiento de un líder extranjero (en Kashgar)²¹ y por fuerzas militares rusas que ocuparon Kulja (Xinjiang) en 1871.

²¹ Yakub Beg, de la ciudad de Fergana, entonces parte de un kanato del Asia Central.

En tanto que la rebelión Hui en el sur de China fue aplastada en 1873, la amenaza de una secesión de las provincias musulmanas y el Turquestán chino en el Este solo pudo ser disipada entre 1878 y 1881, a través de acciones militares contra los rebeldes y fuertes presiones para el repliegue de las fuerzas rusas (Hudson, 1960, p. 707).

2.4. Reformas fallidas

La dinastía manchú identificó una amenaza existencial en la caída del orden tradicional, la cual se materializaba en agresiones y penetración extranjeras, la Rebelión Taiping y el desgobierno reinante. Los manchúes reaccionaron esforzándose como nunca antes en mejorar sus capacidades militares y de administración del Imperio.

En 1861 (seis años antes que en Japón se iniciara la Reforma Meiji), el gobierno chino alentó un movimiento de Auto-Reforma, encaminado a relanzar el modelo de orden y gobierno confuciano con algunos ingredientes administrativos, científicos, tecnológicos y aun empresariales de Occidente. La muerte del emperador Yi Zhu fue la ocasión para que la emperatriz viuda Ci Xi (apoyada por el príncipe Gong) desplazara al nuevo emperador niño y asumiera el control del trono, impulsando el programa de reformas.

Se trataba de un programa más bien de espíritu conservador, llevado por un grupo de personas preparadas y con talento; entre sus diversos componentes sobresalía la modernización del manejo de las relaciones exteriores, y estaban también la producción de barcos y armamento moderno y un programa de traducción de obras técnicas y científicas.

Tuvo éxito en la adopción de medidas como la creación de un predecesor del Ministerio de Relaciones Exteriores (el *Tsungli Yamen*), un comité que pasó a centralizar el manejo de la política exterior (que había estado en buena medida en manos de los virreyes provinciales y comisionados especiales) y organizar la representación diplomática²². También se estableció una corporación pública de transporte marítimo²³. Entre los logros más amplios de la Auto-Reforma pudo contarse el restablecimiento del orden social, la reconstrucción del país, y el control de la corrupción.

²² La creación del Ministerio de Relaciones Exteriores, que recién ocurrió en 1901, era una exigencia de los Tratados de Tianjin (1858). Las primeras legaciones chinas en el exterior se establecieron en Europa y EE.UU., en 1877 y 1878 y en Perú en 1880 (Teng y Fairbank, 1967, p. 97).

²³ La China Merchants Steamship Navigation Company en Shanghái en 1872 (Goetzmann, 2016, p. 430).

Sin embargo, el programa de reformas fue abandonado en menos de diez años, víctima de sus inherentes contradicciones y de las ambivalencias y debilidad grupal de sus ejecutores que solo lo empujaron tímidamente. Algunos eran parte del grupo dominante manchú, que temía perder con las reformas; muchos eran parte de la clase *Shensi*, en declinación y en una crisis de identidad entre los valores tradicionales y modernos (Bianco, 1971, p. 5; Meisner, 1999, pp. 6-7).

La sorpresiva derrota de China en la guerra ante Japón en 1895 le hizo perder la categoría de primera potencia regional, la forzó a reevaluar sus sentimientos de superioridad sobre su vecino²⁴ e incluso, más gravemente llevó a pensar a las grandes potencias que sus días de independencia estaban contados (Bartlett, 1994, p. 29). China debió ceder a Japón las islas de Taiwán y Pescadores y la península de Liaodong. En este trance, Beijing optó por acudir a Rusia para suscribir su primera alianza moderna, en 1895 y asegurar el apoyo ruso en la contención de Japón (Teng y Fairbank, 1967, pp. 127-130).

A fines de siglo, una buena parte del Imperio chino quedó informalmente dividido en regiones que constituían *Esferas de Influencia*. En cada una de ellas, una potencia extranjera ejercía predominante influencia económica y política. Con las Esferas de Influencia coexistía la política de la Puerta Abierta, impulsada sobre todo por el interés de EE.UU., la cual mantenía abierto el territorio a gente de negocios de todas las potencias y proscribía cualquier intento de hacer de China propiamente una colonia.

De esta manera, alrededor de 1900, mirando el mapa de China de Norte a Sur, vemos que Rusia ejercía influencia especial en el Turquestán, Mongolia y Manchuria; Alemania en la península de Shandong; Inglaterra, a partir de Shanghái, en la cuenca del Yangtsé y en el Tíbet; en el Sur, Francia desde los límites de Cantón hasta la provincia de Yunnan en el Oeste, Inglaterra en la zona de Cantón; y Japón en el litoral Sureste, incluyendo los puertos de Fuzhou y Xiamen.

China se convirtió a fines del siglo XIX en el escenario central en los cálculos y movidas expansionistas de las grandes potencias en toda Eurasia, desde el Imperio otomano hasta Corea.

En el plano interno, la guerra con Japón planteó un primer cambio trascendental en la situación de China. El impacto de una formidable agresión externa hizo por primera vez estremecer a las provincias al unísono. Los habitantes de lugares como Beijing, Shanghái y Canton, que no estaban muy conectados

²⁴ Los chinos llamaban peyorativamente “enanos” a los japoneses (Schell y DeLury, 2013, p. 71).

entre sí, se sintieron interesados y comprometidos por una amenaza común. Quisieron estrechar vínculos y percibieron agudamente la ausencia de medios de comunicación que unieran a sus provincias e incluso de una lengua que tuviera alcance nacional (Borel, 1913).

Se descubrió en la segunda mitad de la década de 1890 la necesidad fundamental de reemplazar una lengua escrita que solo manejaban minorías (la lengua china clásica, *wenyan*) con otra que reflejara el lenguaje cotidiano del pueblo (*baihuan*) y que permitiera el acceso de las grandes mayorías a la prensa y la literatura. En pocos años se comenzó a acometer la tarea de reemplazar en textos, medios y literatura el chino clásico con el chino vernacular que era común a los grupos menos educados. Este fue un gran paso en el propósito de avanzar hacia una nación china, que se intensificaría, como veremos, a partir de 1919 (Roberts, 2003, pp. 360-361).

La debacle ante Japón ocasionó en general el retorno de las ansias reformistas, esta vez con mayor decisión y provenientes, más que del gobierno, de la elite china. El joven emperador Guanxu fue convencido en 1898 por un grupo de reformistas que traían propuestas más radicales que las anteriores. Este hecho señalaría el comienzo de la defección de los intelectuales de su apoyo al orden tradicional (Meisner, 1999, p. 12). Ellos rechazaron el oscurantismo de los Qing y el desperdicio de la *intelligentsia* en el estudio de los clásicos en detrimento de conocimientos prácticos y modernos.

Durante poco más de 100 días, el emperador promulgó una serie de decretos estableciendo cambios profundos en el sistema educativo y en los exámenes para la burocracia, eliminando privilegios, y delineando el camino hacia una monarquía constitucional. Estas medidas fueron consideradas subversivas por los grupos afectados y revocadas finalmente por la emperatriz viuda Ci Xi, la autoridad detrás del trono, quien volvió a asumir la autoridad suprema. Ci Xi condenó a muerte a varios reformistas y aisló al emperador en el palacio.

Estructuralmente, según Barrington Moore, el fracaso de estos intentos de reforma en China, a diferencia del caso de Japón, se relacionaría con la ausencia de un fuerte Estado centralizado y de una burguesía considerable, además de la debilidad de la *Shensi* tradicional para promover o respaldar cambios en el grueso de la población (Meisner, 1999, p. 6).

En realidad, en el caso de Japón, las elites y las autoridades fueron capaces de coordinar las reformas en los campos educativo, económico, político y militar a través de un proceso de centralización. China, en cambio presenciaba un cisma entre elites y autoridades. Estaba además atravesando un período de fragmen-

tación y regionalismo en el cual las reformas no pudieron significar más que descoordinados esfuerzos provinciales (Schell y Delury, 2013, pp. 73-76).

En este sentido, es ilustrativa la respuesta que dio el representante chino al negociador japonés, en ocasión de la rendición china (1895), cuando este le preguntó por la razón del fracaso de las reformas²⁵:

Mi país se encuentra trabado por tradiciones y costumbres; es muy difícil hacer lo que se desea [...] China tiene personas que entienden los asuntos modernos; pero hay demasiadas provincias con fuertes divisiones, tanto como (en Japón) en el período feudal, cuando unas personas eran controladas u obstaculizadas por otros y nadie tenía autoridad plena para ningún asunto. (Schell y Delury, 2013, p. 71)

También parecen relevantes las reflexiones del filósofo Yan Fu, quien había alentado las reformas, lamentando la frustración de estas:

Muchas de estas (mismas reformas) sirvieron como base para que Europa se volviera rica y poderosa [...]. Creo que la principal diferencia entre China y Europa... es que los chinos veneran la antigüedad pero descuidan el presente (mientras) que los occidentales están luchando en el presente con el fin de reemplazar el pasado. (Schell y Delury, 2013, p. 89)

Por nuestra parte, creemos que es también necesario señalar el rol que tuvo la emperatriz Ci Xi para definir la suerte de las reformas en China. Su influencia coincidió en el tiempo (1861-1908) con el reinado del emperador Meiji (1867-1912), quien presidió las reformas en Japón.

Ci Xi fue la última gran dirigente del Imperio, no siempre visible, que por cinco décadas controló la Corte y moduló las reformas. Al hacerlo, procuró satisfacer, a la vez, sus sentimientos de rechazo a los extranjeros, sus auténticas aspiraciones de modernización y fortaleza para China, y su deseo de retener los privilegios y elevados gastos de la dinastía manchú.

Como gobernante, Ci Xi maniobró astutamente, moviéndose entre las posiciones de distintos bandos frente a las reformas; su comportamiento contribuyó a que los cambios tuvieran un impacto limitado (Schell y Delury, 2013, pp. 61 y 89). En algunos casos, por ejemplo, fue abierta defensora del orden vigente y denunció a las potencias extranjeras, las cuales detrás del aliento a las reformas escondían, según ella, un gran apetito imperialista (Hayes, 1929, p. 574).

²⁵ El negociador japonés era Ito Hirobumi y el representante chino Li Hongzhang, ambos figuras importantes en sus respectivos gobiernos.

Después de frustrar la Reforma de los Cien Días (1898), con el objeto de frenar a los reformistas, Ci Xi optó por alentar a la secta religiosa *Yi He Tuan* (conocida como *Boxer* porque daban clases de box), que era radicalmente contraria a la propagación de doctrinas y prácticas extranjeras (Zhang y Fan, 2003, p. 198).

Los misioneros cristianos, como extranjeros, estaban prohibidos de vivir fuera de las zonas acordadas para estos. Sin embargo, desplegaban labores de catequización en el interior del país. Cuando eran arrestados y conducidos a las autoridades extranjeras (debido a la norma de extraterritorialidad) estas los absolvían por no haber violado ninguna ley de sus países de origen y podían volver a sus actividades.

Aparte de una minoría de conversos —700.000 cristianos de una población de 400 millones en 1900, según Rodzinski (1984, p. 241)— y de algunas personas cultas que respetaban o encontraban interesantes las ideas cristianas, la mayor parte del pueblo y de las clases letradas consideraban que el cristianismo destruía las bases de la vida tradicional y manifestaban hostilidad a los misioneros (Hudson, 1960, p. 695; Teng y Fairbank, 1967, p. 135).

En este contexto, en las últimas décadas del siglo XIX la violencia contra los misioneros, incitada por grupos tradicionalistas se volvió recurrente, en tanto que aquellos siguieron llegando en grandes cantidades a la China. La llamada *Rebelión Boxer* representó el punto culminante de esta evolución.

Los Boxer protagonizaron un episodio extremo de violencia, que se centró en Beijing y Tianjin entre junio y agosto de 1900. Sitiaron las legaciones diplomáticas en Beijing, defendidas por tropas extranjeras. Se produjeron numerosas muertes, incluyendo un gran número de misioneros y extranjeros, entre ellos el jefe de la misión alemana. La emperatriz Ci Xi aprovechó para declarar la guerra a las potencias extranjeras aunque sin el apoyo de varias provincias (junio de 1900).

En realidad, el episodio de los Boxer más que levantamiento fue una guerra. Tropas imperiales chinas participaron en las acciones y la propia emperatriz Ci Xi lanzó un ultimátum a los diplomáticos sitiados para que evacuaran Beijing. Hubo batallas en Tianjin y Beijing entre fuerzas chinas y occidentales, que tenían muy desigual número de efectivos y calidad de armamento. En una de estas batallas, sin embargo, las fuerzas occidentales (comandadas por el almirante inglés Edward Hobart Seymour) fueron derrotadas.

Finalmente, una fuerza multinacional tomó Beijing en agosto causando extensa destrucción y saqueo. Los siguientes seis meses, 45 expediciones dirigidas por Alemania castigaron brutalmente la región. En el plano diplomático, los aliados

impusieron fuertes sanciones y reparaciones al gobierno y dejaron tropas estacionadas en el norte de China. Las reparaciones debieron pagarse hasta 1940 (Rodzinski, 1984, pp. 241-247; Silbey, 2012; Tsui Chi, 1962, p. 315).

Internacionalmente, China en estos años era vista situada dentro de una periferia inmediata a las naciones occidentales, las cuales constituían el centro de la Sociedad de Estados. Se manejaba todavía la noción de una jerarquía de razas o pueblos y China estaba entre los niveles Civilizado y Bárbaro de la misma (el tercer nivel era el de los Pueblos Salvajes) (Encyclopedia Britannica, 1892, t. II, pp. 117-123).

Los chinos estaban considerados dentro de la raza mongólica. Se reconocía que eran en general serios e industriosos pero se observaba que “parecían tener una mayor atracción hacia el opio que ningún otro pueblo sobre la faz de la tierra”. Por otro lado, se sostenía que “la deshonestidad y la mendacidad prevalecían” en China (Encyclopedia Britannica, 1892, t. V, pp. 669-671).

En 1915, un autor estadounidense publicó un libro en el que se incluía una encuesta sobre la distribución de la civilización en el globo, por países y regiones. Las regiones más civilizadas del mundo, según esta encuesta, estaban en Inglaterra y EE.UU. Algunas regiones de China se ubicaban en el 40% superior, junto con regiones de Japón, el Imperio otomano y América Latina (Huntington, 1915; Alcalde, 2004, pp. 56-57).

A comienzos del siglo XX, además de un gran número de colonias y protectorados, existían Estados, como China, el Imperio otomano, Persia y Siam (Tailandia), que, aunque formalmente considerados soberanos, no estaban catalogados a la altura del estándar occidental de civilización (esencialmente, porque no podían proteger adecuadamente a los extranjeros dentro de sus territorios) y por lo tanto se les imponía la jurisdicción extraterritorial de tribunales occidentales, que administraban justicia para los extranjeros (Schwarzenberger, 1955; Alcalde, 2004, pp. 64-66).

La dura experiencia de la guerra Boxer, así como la victoria japonesa sobre Rusia en 1905, hicieron ver finalmente a Ci Xi la necesidad de que su gobierno adoptara reformas efectivas. De esta manera, en lo que se llamó la Reforma de las “Nuevas Políticas”, la emperatriz promulgó profundos cambios (a los que pocos años antes se había opuesto) en los campos administrativo y judicial así como en el terreno militar y económico, llegando incluso a abolir los tradicionales exámenes de ingreso al servicio civil (1905) que eran la piedra angular del orden confuciano del Imperio. Estos exámenes fueron reemplazados por la aprobación de cursos especiales en los que se introducía una importante proporción de conocimiento modernos (Franke, 1967, p. 118).

En 1908, Ci Xi anunció planes para avanzar hacia una monarquía constitucional. Sin embargo, ese mismo año falleció, no sin antes ordenar el envenenamiento del confinado emperador Guanxu (promotor de las reformas de 1898) para asegurarse que no pudiera radicalizar las reformas (Kerr, 2013, p. 114).

En tanto que el gobierno se esforzaba con modestos resultados por modernizar sus estructuras y procedimientos, en cambio la burguesía china alcanzaba un mayor grado de progreso, a partir de la forzada apertura del país, adaptándose ventajosamente a la nueva conexión con el capital y los empresarios extranjeros en los campos comercial y financiero.

Los administradores chinos (conocidos como *Compradors*) constituían un requisito obligatorio para los negocios occidentales en Cantón hasta 1843. Una vez que desapareció esta exigencia adquirieron un rol todavía más importante, como agentes de las *Trading Companies* y como comisionistas en el comercio de *commodities*. Con el aumento de puertos en concesión, se expandió también el sistema de *Compradors*. Estos operaban como intermediarios entre las empresas chinas y extranjeras dinamizando los contactos y transacciones.

Los *compradors* pronto adoptaron un rol financiero, invirtiendo sobre todo en las compañías que se fundaban en los puertos en concesión. Así, por ejemplo, el capital chino representaba entre 40 y 50% de las compañías creadas en Shanghai desde 1860 (Goetzmann, 2016, p. 429).

2.5. Insurrección de 1911 y fin del imperio

Solo unas pocas personas hablaban de revolución a comienzos del siglo XX en la China, es decir del proyecto de efectuar un cambio radical, removiendo a la monarquía y forjando una nueva senda política que pudiera llevar al país a ponerse a la par con las potencias industriales. Se trataba de estudiantes, profesionales, funcionarios y comerciantes, que vivían en los puertos cedidos a las potencias extranjeras; en Japón²⁶ y en la diáspora china²⁷ en la periferia del Imperio.

Entre estas personas destacaba Sun Yatsen, un médico graduado en Hong Kong que había residido en su juventud en Hawái, entonces sujeta a una fuerte influencia occidental y estadounidense. En 1894 comenzó a conspirar para arrojar a los manchúes y unificar el país, creando una sociedad secreta para el renacimiento de China que operó en Cantón; desde allí organizó dos levantamientos que fueron aplastados.

²⁶ Había 15.000 estudiantes chinos en Japón entre 1905 y 1907 (Rodzinski, 1984, p. 251).

²⁷ Comunidades de negocios chinas que residían en países vecinos.

Sun viajó a Japón y allí en 1905 fundó la Alianza Revolucionaria, con un grupo de exiliados, fusionando varias organizaciones afines. Esta alianza fue la predecesora del Guomindang (GMD) o Partido Nacionalista, que posteriormente lideraría la revolución. Sun planteó como orientación programática los *Tres Principios del Pueblo* (Nacionalismo, Democracia y Bienestar) los que debían ser plasmados en una república independiente.

El papel de Japón fue importante en estas circunstancias: no solo inspiró con su experiencia de transformación social y acogió a los revolucionarios; grupos japoneses dieron también diverso apoyo a los esfuerzos por derrumbar el Imperio chino (Bianco, 1971, pp. 13-14).

Pero mucho más importante para el incipiente nacionalismo chino fue sin duda el aporte de algunos pensadores nativos que desde la Reforma de 1898 se encargaron de crear nuevas narrativas acerca de la evolución del Estado chino, conectando esta con las ideas occidentales de raza y nación. Intelectuales como Liang Qichao y Zhang Taiyan, por citar algunos, fueron revalorizando para este fin el estudio de la historia china y analizando críticamente sus diferencias con la evolución de los países occidentales.

Liang Qichao adicionó a la idea del nacionalismo chino ingredientes de liberalismo²⁸. Zhang Taiyan, por su parte, ponderaba en 1900 “la antigüedad de nuestra nación y el larguísimo historial de nuestro pueblo” diferenciando radicalmente a la etnia Han de la “raza semi-bárbara de los opresores manchúes”. Es de destacar que, a partir de estas ideas, Sun Yatsen confirió al nacionalismo chino un matiz étnico Han, convirtiéndolo en un poderoso sentimiento anti-manchú (Mishra, 2012, pp. 165 y 176).

Hasta mayo de 1911, la alianza alentó diez intentos de revolución, sobre todo en las provincias del Sur del Imperio, que fracasaron. Sun se encontraba de viaje en los países occidentales, en busca de fondos, cuando estalló un undécimo intento que tendría mejores resultados que los anteriores.

En la ciudad de Wuchang²⁹, el 9 octubre 1911, las autoridades descubrieron accidentalmente un intento subversivo de varias sociedades secretas, con participación de militares. Este hecho adelantó el levantamiento. Los rebeldes consiguieron tomar Wuchang un día más tarde; el levantamiento fue emulado con éxito en los dos meses siguientes en todas las provincias del centro, sur y noroeste de China.

²⁸ Sobre este personaje véase Schell y Delury, 2013, cap. V.

²⁹ Una de las tres ciudades de las que está compuesta la megalópolis de Wuhan, sobre el Yangtsé.

La rapidez de los sucesos reveló el descontento, no solo del pueblo y el ejército, sino también de sectores medios y altos de la sociedad con la monarquía manchú (Wakeman, 1975, pp. 225-228; Zhang y Fan, 2003, pp. 209-210). La insurrección de Wuchang quedó grabada como el momento de quiebre del régimen imperial y conocida como la Revolución Xinhai, por referencia al momento del calendario lunar en que ocurrió.

La extraordinaria acogida que encontró este levantamiento puede explicarse, de manera un poco más precisa, por la insatisfactoria situación del pueblo, la labor concientizadora de los grupos de la Alianza Revolucionaria en los sectores medios y el fuerte malestar que acababa de causar en esos momentos entre los sectores más pudientes la nacionalización del sistema de ferrocarriles (mayo de 1911), el cual se había comenzado a construir en 1900, a base de capital privado, como parte de las reformas modernizadoras (Lu, 2010, p. 5).

Sun Yatsen regresó a China dos meses después de la Revolución Xinhai, en diciembre 1911, de su gira de recaudación de fondos por Europa y EE.UU. Los delegados provinciales de la alianza se reunieron en Nanjing y lo eligieron presidente provisional de la nueva República de China en enero de 1912 (Zhang y Fan, 2003, p. 210; Rodzinski, 1984, p. 260).

La primera bandera de la República China, en 1911, la componían cinco franjas horizontales, de distintos colores, que representaban las cinco razas principales de la población: los Han o chinos propiamente, los Manchúes, los Mongoles, los Hui (musulmanes predominantes en Xinjiang), y los tibetanos (Tsui Chi, 1962, p. 283).

Mientras tanto, las fuerzas rebeldes, después del triunfo en Wuchang, habían debido luchar contra el ejército imperial. Tras algunas derrotas, habían retrocedido y se hallaban nuevamente en Wuchang, recibiendo un número considerable de voluntarios pero teniendo frente a sí a tropas superiores en capacitación y equipamiento.

La monarquía manchú había conseguido persuadir a uno de sus más conspicuos funcionarios, Yuan Shikai (quien había sido organizador de un nuevo ejército en 1902, bajo la égida de las reformas) de que se hiciera cargo de debelar el levantamiento. A cambio, Yuan había recibido el cargo de primer ministro.

Después de sus triunfos iniciales, Yuan Shikai se inclinó por negociar con los rebeldes. Él, como muchos otros oficiales del nuevo cuerpo, estaba familiarizado con las ideas liberales y nacionalistas, por lo cual era visto como un interlocutor respetable en la negociación.

Las negociaciones se llevaron a cabo en Shanghái entre los representantes de Yuan y los de las provincias rebeldes. Estos últimos ofrecieron a Yuan la presidencia de la república si se plegaba a la revolución. En respuesta, el 28 de enero los generales de Yuan proclamaron la necesidad de acabar con el Imperio y fundar una república.

Las subsiguientes presiones y negociaciones de Yuan con la corte manchú consiguieron que el 12 de febrero el emperador niño Pu Yi abdicara el trono; al día siguiente, Sun Yatsen renunció a la presidencia de la república en favor de Yuan Shikai (Rodzinski, 1984, pp. 260-262). Veintitrés siglos de imperio quedaban atrás y se abrían las perspectivas de establecer una república moderna.

La decisión de los nacionalistas de dejar al frente de la república a Yuan Shikai representaba una opción realista; sin embargo, no estaba exenta de riesgos. Por un lado, Yuan ofrecía la capacidad de conseguir el desmantelamiento del aparato imperial sin una lucha prolongada y controlaba la fuerza armada que podía asegurar la viabilidad del nuevo régimen. Parecía profesar ideas nacionalistas y liberales y además era bien visto por los agentes financieros, que al mismo tiempo mostraban renuencia a dar préstamos a Sun Yatsen.

Por otro lado, había razones para pensar que Yuan podía ser un oportunista. Pese a su adhesión formal a ideas de cambio, había ayudado a la emperatriz viuda a aplastar el movimiento reformista de 1898 (Bianco, 1971, p. 19); había sabido arrancar a la monarquía el alto precio del premierato para defenderla de los rebeldes y después la había traicionado.

Capítulo 3

La revolución nacionalista: claroscuros de una postración, 1912-1945

3.1. El Movimiento 4 de mayo

Desafortunadamente, el gobierno de Yuan configuró con sus acciones inmediatas el peor escenario previsible para la revolución. Yuan intentó establecer un gobierno personal y represivo, primero como presidente vitalicio y luego fungiendo como emperador durante 83 días³⁰.

Podemos, sin embargo, rescatar dos hechos que mitigaron marginalmente el daño causado por el comportamiento de Yuan a la revolución. En primer lugar, en preparación para las primeras elecciones generales en el país, que se realizarían en 1913, se produjo un aglutinamiento de las fuerzas revolucionarias que originó el surgimiento del Partido Nacionalista o Guomindang. Esta nueva entidad tuvo la oportunidad de flexionar por primera vez sus músculos en dos revoluciones (1913 y 1915) contra la amenaza de una autocracia. En segundo lugar, Yuan falleció apenas en el cuarto año de su mandato (por uremia), sin haber podido concretar sus ambiciones.

China quedó así desde 1916 sumida en la anarquía. La autoridad estaba dividida en principio entre un débil gobierno en Beijing, que sobrevivía a Yuan y un gobierno alternativo del Guomindang, en Cantón, sin capacidad militar. Decenas de jefes militares (*Warlords*), apoyados por distintas potencia extranjeras, así como por financistas y terratenientes chinos controlaban de hecho la mayor parte del país. Distintos caudillos se apoderaron sucesivamente del gobierno de Beijing, mientras que Sun Yatsen y los nacionalistas intentaron sin mayor éxito formar una alianza con algunos jefes militares.

Para complicar aún más la situación, Japón había entrado a la Primera Guerra Mundial y después de haber capturado en 1914 la concesión alemana de Kiaochow (en la provincia de Shandong), había presentado en 1915 al gobierno de Beijing un documento con 21 demandas, el último grupo de las cuales convertía virtualmente a China en un protectorado japonés, que era el paso previo a transformarla en colonia. Las demandas fueron aprobadas por Beijing, bajo presión militar, excepto el último grupo que quedó sujeto a una futura conversación.

³⁰ Entre diciembre de 1915 y marzo de 1916, cuando decidió renunciar al rango imperial ante un rechazo generalizado.

En este sentido, el deseo de obtener un mayor respeto internacional y en particular conjurar la amenaza japonesa, fue importante para llevar al gobierno de Beijing, después de muchas vacilaciones, a declarar la guerra a Alemania en 1917, y a decenas de miles de voluntarios chinos a viajar a Europa para sumarse a la causa aliada³¹.

El otorgamiento al Japón de la ex concesión alemana en Shandong por la Conferencia de París, en 1919, y la indignación popular que provocó, vinieron a rasgar las tinieblas en este crítico momento de la historia china.

Se produjo una masiva movilización de la sociedad china en lo que se denominaría el Movimiento del 4 de mayo³², que vigorizó extraordinariamente los impulsos de nacionalismo y modernización. Se produjeron numerosas protestas y huelgas como expresión de encendidos deseos de renovación cultural y política que coincidían en buscar un mayor acercamiento a la cultura moderna con el objeto de reformar y fortalecer el país.

La educación del pueblo y el acceso de este a la cultura que, como hemos visto, se habían robustecido desde fines del siglo XIX, recibieron un gran apoyo. Destacó la figura del profesor universitario e intelectual Hu Shih (quien rompió en 1920 con el naciente comunismo) en la creación de una literatura nacional escrita en la lengua del pueblo (*Baihuan*) (Tsui Chi, 1962, p. 346). Los profesores y estudiantes universitarios se fueron convirtiendo en un componente central del movimiento; sus números crecieron de manera exponencial³³.

Pronto se diferenciaron dos tendencias en el movimiento, una democrático-liberal que miraba a EE.UU.³⁴ y otra comunista inspirada por el ejemplo de la Rusia Bolchevique, que sería la que, de alguna forma, tendría mayor influencia en el curso de la revolución (Franke, 1967, pp. 120-123). Ella se reflejó en la creación del Partido Comunista Chino en 1921 y en la reorganización del Partido Nacionalista, en 1923, con asesoramiento soviético.

³¹ Además de la participación militar del gobierno, se estima que 140,000 chinos viajaron, principalmente a Francia, desempeñándose en la preparación de trincheras y en distintos tipos de labores de apoyo al esfuerzo aliado (Clements, 2013, pp. 8-9).

³² Por las manifestaciones multitudinarias que se dieron a partir de esa fecha en la Plaza Tianamen demandando la defensa de la soberanía nacional.

³³ En 1911 habían 481 estudiantes. A mediados de los años 1930 eran más de 40 mil (Chamberlin, 1938, p. 102).

³⁴ John Dewey, el célebre filósofo estadounidense fue invitado por la Universidad de Beijing en 1919-20, donde algunos llegaron a calificarlo de “pensador superior a Confucio” (Franke, 1967, p. 122; Tsui Chi, 1962, p. 346).

El Partido Comunista Chino creado por Chen Duxiu y Li Dazhao³⁵, gracias al apoyo bolchevique, favoreció también una alianza con el Partido Nacionalista y les permitió crear una fuerza militar propia. Esta alianza significó la aparición de un formidable vector de cambio cuyos componentes, unas veces en colaboración y otras en conflicto, fueron hundiendo hasta 1949 el orden tradicional, aunque sin destruirlo completamente.

Sun Yatsen había buscado por varios años el apoyo de las potencias occidentales para la causa del nacionalismo, en medio de la anarquía y de una pugna con el gobierno de Beijing. Invocó al capital internacional a que desarrollara los recursos de China aprovechando su mano de obra abundante y barata y beneficiara también con ello a la economía mundial (Alcalde, 1998, pp. 120-122).

Pese a sus credenciales democráticas, los llamados del Guomindang no encontraron mayor acogida en Occidente. Cuando Sun se acercó a la Rusia bolchevique, en cambio, tuvo una rápida respuesta positiva. El Guomindang era solo un partido reformista pero Moscú vio en él y en la convulsionada China una atractiva vía de expansión ideológica y geopolítica.

La Revolución china abría una oportunidad para extender la Revolución Socialista al Asia. China podría convertirse en un valioso socio menor de la Rusia Soviética en esta cruzada y su vecindad con India la convertía en el lugar ideal para desestabilizar al Imperio británico, bastión del capitalismo.

Desde 1919 el gobierno soviético buscaba establecer relaciones diplomáticas con China. Una de las primeras medidas de acercamiento de la Rusia Soviética había sido renunciar a las prerrogativas neocoloniales que tenía el régimen zarista en China.

En 1921 se produjeron los primeros contactos de Sun con Moscú y en octubre de 1923 Mikhail Borodin —uno de los activistas más capaces de la Internacional Comunista (Comintern)— llegó a China y fue nombrado asesor principal de Sun en el gobierno de Cantón. Se volcó inmediatamente a las tareas de reorganizar el Guomindang siguiendo las líneas del Partido Comunista Soviético y de dotarlo de un brazo armado de corte moderno, para lo cual contó con el concurso del General soviético Bluecher (conocido por su seudónimo de Galen) como consejero del gobierno nacionalista (Hopkirk, 1984, pp. 179-182).

Los líderes del Partido Comunista y el Guomindang se pusieron de acuerdo acerca de la creación de una academia militar. La Academia Militar de Wham-

³⁵ Mao Zedong estuvo presente en el Primer Congreso del Partido Comunista como representante de la provincia de Hunan.

poa fue establecida en 1924, a base de financiamiento soviético, una vez producida la alianza de los dos partidos³⁶.

A la cabeza de la Academia Militar, en Cantón, quedó el líder nacionalista Chiang Kaishek, quien se había formado militarmente en Tokio y Moscú y tenía especial cercanía con Sun³⁷. Como director político fue nombrado el líder comunista Zhou Enlai³⁸.

Los egresados de Whampoa cosecharon pronto importantes triunfos para los nacionalistas en el Sur, dejando solamente pendiente la tarea de derrotar al Norte, que era el gran objetivo de Sun.

Lamentablemente, Sun Yatsen falleció de cáncer en 1925 sin ver realizado su anhelo.

Chiang, que ya era el segundo en el partido, asumió el mando del nacionalismo. Él se caracterizaba por un gran talento militar, así como por su intransigencia y ambición. Ideológicamente, a diferencia de Sun, no mostraba simpatía por el socialismo.

3.2. Interludio: Tíbet y la Línea McMahon

Desde el siglo XIII, con la dinastía Yuan, Tíbet había alternado su evolución como Estado tributario y como parte del Imperio chino. Una Convención Anglo-Rusa en 1907 aceptó el dominio chino sobre el Tíbet. Pero en 1912, con la caída del imperio, las tropas chinas fueron expulsadas del Tíbet y este se declaró independiente en 1913, sin ser reconocido por la República China.

En 1913, Inglaterra convocó a una conferencia con representantes de los gobiernos de China y Tíbet, en Simla, parte de la India británica, para definir el estatus de este territorio. Se distinguió dos partes del mismo y se acordó que el *Tíbet Interior* —la parte más próxima a China— fuera incorporado a cuatro provincias chinas³⁹. El *Tíbet Exterior*, incluyendo la ciudad de Lhasa, quedó como una región autónoma: era parte de China pero el gobierno de esta no podía interferir en su administración⁴⁰.

³⁶ La alianza se materializó haciendo al Partido Comunista miembro de la Junta Ejecutiva del Guomindang.

³⁷ Chiang era novio de la hermana de la esposa de Sun y se casó con ella en 1927.

³⁸ Zhou Enlai sería luego lugarteniente y canciller de Mao en la República Popular China.

³⁹ Las provincias de Qinghai, Gansu, Sichuan y Yunnan.

⁴⁰ El Reino Unido reconoció la soberanía plena de China sobre Tíbet en 2008.

Bilateralmente, Inglaterra y Tíbet acordaron entonces también establecer una frontera entre la región autónoma y la India británica, que luego fue denominada *Línea McMahon*, aludiendo a Henry McMahon, administrador colonial inglés quien participó en la negociación. La Línea cubre una distancia de 890 kilómetros entre Tíbet y la India, a lo largo de los Himalayas, en tres sectores separados, entre los cuales se interponen los territorios de Nepal y Bután (Wolpert, 1997, p. 364).

China se negó a suscribir la versión final de la Convención de Simla (1914) y rechazó la Línea McMahon, aduciendo que Tíbet no ostentaba una condición jurídica que le permitiera suscribir tal instrumento.

Inglaterra comenzó a incluir la Línea McMahon en sus mapas oficiales desde 1937. La frontera fue reconocida por el nuevo Estado de la India (1947) pero la China comunista mantuvo su posición original de rechazo. Hasta la fecha, esta frontera ha sido teatro de una guerra (1962) y recurrentes movilizaciones militares y escaramuzas entre China e India.

3.3. Insurrección en Shanghái y ruptura nacionalista-comunista

Coincidiendo con la muerte de Sun Yatsen y el cambio de líder del Guomindang, en 1925, estallaron en Shanghái sucesos que en poco tiempo impulsarían un dramático vuelco a la Revolución Nacionalista acabando con la alianza entre el Guomindang y el comunismo.

La Primera Guerra Mundial redujo la participación europea en la economía china lo cual fue aprovechado por los empresarios chinos para sustituir bienes y servicios extranjeros. Shanghái, que había ganado importancia como puerto sobre Cantón, a raíz de los Tratados Desiguales de 1842, fue el centro de este florecimiento capitalista. Llegó a concentrar, en los años veinte, la mitad del comercio exterior de la república, recibiendo capitales de la diáspora china y sirviendo como sede de empresas chinas que operaban en el Asia Pacífico, así como de grandes bancos internacionales.

Como centros menores destacaban Cantón (comercio), Wuhan (industria pesada) y Hangzhou (industrias de precisión) (Borthwick, 2007, pp. 178-179). De manera un tanto paradójica, en medio del caos político se dio un boom de la economía, pese a que China, a partir de 1900, había bajado su posición mundial en la producción de manufacturas al sexto lugar, cediendo posiciones ante países que pudieron aprovechar mejor la segunda revolución industrial (Kennedy, 1987, p. 149).

Shanghái era el núcleo de la incipiente burguesía china; esta controlaba la ciudad. A la vez, era el centro de los sindicatos, que se habían multiplicado en el

país bajo la influencia del Partido Comunista⁴¹. En tanto que este concentraba sus esfuerzos en crear una base de poder en la clase obrera, el Guomindang se dedicaba mayormente a negociar con los jefes militares y a ganar el apoyo de los empresarios.

En mayo de 1925, una manifestación de obreros y estudiantes en Shanghái contra el trato abusivo de las empresas japonesas fue brutalmente reprimida. La respuesta popular fue una huelga general que se extendió a Cantón y Hong Kong. Cuando las huelgas se propagaron aún más por el país y afectaron no solo a los negocios extranjeros sino también a las empresas chinas, los sectores de derecha del Guomindang se sintieron alarmados.

Las relaciones entre comunistas y nacionalistas desde el comienzo de la alianza registraban fricciones y mostraban un mutuo recelo. Los comunistas eran los socios menores, no solo porque el Guomindang era el partido que controlaba el gobierno sino también por el desigual número de miembros registrados en cada agrupación⁴².

El ala izquierda del Guomindang simpatizaba con algunos principios comunistas, mientras en la derecha (burguesa) llegaba a haber aversión hacia los socios. Stalin, quien sostenía la alianza con el apoyo e influencia soviéticos, pensaba que los comunistas debían continuar con el GMD esperando llegara la oportunidad de tomar el poder, en tanto iban ganando adeptos entre los obreros y campesinos.

Pese a que Chiang era cercano a la burguesía china por la familia de su esposa⁴³, en su papel de líder mantuvo en los primeros momentos una posición equilibrada con relación a los dos sectores del partido así como al PC. En marzo de 1926, sin embargo, tuvo un brusco gesto de hostilidad hacia los comunistas, cuando sacó a varios de ellos de sus cargos en la alianza y criticó la injerencia de los consejeros soviéticos en los asuntos del gobierno de Cantón. Posteriormente, en el plano ideológico, promovió el lanzamiento de cuatro principios que debían guiar la conducta del pueblo chino; ellos estaban inspirados en el Confucianismo y eran ajenos a cualquier propósito revolucionario⁴⁴.

⁴¹ En 1925 los sindicatos contaban con 3 millones de obreros afiliados (Martinelli, 1974, t. II, p. 368).

⁴² En 1927 había 5 millones inscritos en el GMD y 600.000 en el Partido Comunista (Martinelli, 1974, t. II, p. 381).

⁴³ De las tres hermanas Song, una era casada con Sun Yatsen, otra se casó con Chiang Kaishek en 1927, y la tercera era esposa de un rico banquero, Kong. Además ellas tenían un hermano que era uno de los principales financistas de Shanghái.

⁴⁴ Estos principios eran: rectitud, corrección, honestidad y honor (Martinelli, 1974, t. II, p. 385).

En julio 1926, Chiang emprendió la gran Expedición al Norte, con el objetivo de lograr militarmente la unificación nacionalista del país, que había sido el anhelo de Sun Yatsen.

En octubre 1926, las fuerzas de Chiang tomaron Wuhan, de especial significado por haber sido el origen de la Revolución Nacionalista. Lo hicieron auxiliados por una insurrección obrera en Hankou (una de las tres ciudades que constituyen la megalópolis de Wuhan), la cual contribuyó a derrotar al jefe militar Wu Pei-Fu. Los obreros comunistas se atribuyeron el mérito de la victoria, en tanto que Chiang minimizó la participación de estos.

En los meses siguientes, ayudados por el ala izquierda del GMD, los comunistas consiguieron trasladar la capital de la República, de Cantón a Wuhan, que era la segunda ciudad industrial después de Shanghái⁴⁵. Este fue un triunfo de los comunistas y de la izquierda del GMD.

Cuando Chiang avanzaba triunfalmente tomando ciudades a lo largo del río Yangtsé tuvo un nuevo gesto que subrayó sus diferencias con los comunistas y en cierta forma con el espíritu mismo de la revolución. Logró que la concesión de Hankou, que había sido tomada por los obreros, fuera devuelta a los británicos y reiteró el compromiso del gobierno nacionalista con los llamados Tratados Desiguales, ganando comentarios elogiosos de las potencias occidentales (Martinelli, 1974, t. II, pp. 391-392).

Poco después, cuando se preparaba a ocupar la ciudad de Nanjing le llegaron, primero noticias y luego llamados de urgencia, de Shanghái con relación a dos insurrecciones obreras que se sucedieron a fines de 1926 y comienzos de 1927. Chiang decidió cambiar sus planes y llegó a las cercanías de Shanghái el 22 marzo de 1927, donde permaneció unos días antes de entrar a la ciudad.

Se señala que en esos momentos Chiang tuvo entrevistas secretas con sus dos cuñados banqueros y con algunos de los más ricos representantes de la burguesía china, e incluso que obtuvo apoyo económico y armas de ellos⁴⁶. Al conocer estas noticias, el gobierno de Wuhan retiró a Chiang Kaishek los plenos poderes que le había conferido anteriormente el gobierno en la sede de Cantón (Martinelli, 1974, t. II, pp. 394 y 396; North, 1966, p. 84). En este momento, la disensión parecía convertirse en enfrentamiento entre Chiang y los comunis-

⁴⁵ El traslado se formalizó el 1 febrero de 1927.

⁴⁶ Según Martinelli (1974, t. II, p. 396), historiadores comunistas refieren una entrevista de Chiang con Tu Yu-Che, conocido como el *Rey del Opio*, quien le habría ofrecido armas y dinero para que actuara de inmediato contra los rebeldes.

tas, pero no podía adivinarse las dimensiones que muy pronto adquiriría este enfrentamiento.

Los obreros en Shanghái, bajo liderazgo comunista (Zhou Enlai), esperaban ansiosos la llegada de las fuerzas nacionalistas a las que veían como aliadas. El 21 de marzo (en un tercer levantamiento) consiguieron tomar la ciudad, doblegando a las fuerzas policiales.

Las tropas de Chiang ingresaron a la ciudad el 12 de abril, pero al hacerlo atacaron sorpresivamente a los obreros. Apoyados decisivamente por bandas criminales contratadas consumaron una masacre. Mataron a miles de obreros y comunistas, incluso a familias enteras. Zhou Enlai fue apresado, pero pudo escapar poco antes de enfrentar un pelotón de fusilamiento. En Nanjing se produjeron masacres similares de comunistas, así como en Cantón y otras ciudades importantes. El gobierno de Wuhan, sin embargo, consiguió mantenerse (Schurman y Schell, 1967, pp. 151-153; Martinelli, 1974, t. II, p. 398).

En estos momentos Chiang selló la decisión histórica de situar su régimen del lado de la burguesía china y de las potencias occidentales, contra los comunistas y la URSS. En Shanghái, consiguió, a cambio de su alineamiento, capturar la comunidad de negocios local, ampliando la esfera de corrupción del régimen nacionalista (Borthwick, 2007, p. 179).

La radical toma de posición de Chiang fue la principal razón para el fracaso de la vanguardia de la insurrección comunista, que se había situado en Shanghái; además, como veremos, su ofensiva provocaría la desorganización a escala nacional de las fuerzas comunistas y el final de la intervención soviética en China.

Seis días después de las masacres de Shanghái y Nanjing, el 18 de abril de 1927, Chiang Kaishek constituyó un nuevo gobierno nacionalista en Nanjing, copado por la derecha del GMD. El gobierno de Wuhan declaró ilegítimas las acciones de Chiang. El país parecía dividido, pero esta situación no duraría mucho tiempo.

El Partido Comunista fue incapaz de organizar sus fuerzas para contener la súbita arremetida de Chiang. A fines de abril de 1927, se celebró en Hangzhou el Quinto Congreso del Partido; en un ambiente de profunda crisis, los principales líderes, incluso los asesores soviéticos Borodin y Roy, fracasaron en ponerse de acuerdo respecto a las acciones a tomar contra Chiang y la derecha del GMD.

Puesto que el grueso de las tropas del gobierno de Wuhan estaba acompañando a la Expedición al Norte, las acciones contra Chiang debían valerse de las fuerzas de jefes militares, los que eran terratenientes y sin una lealtad ga-

rantizada. La otra opción que quedaba era alentar una rebelión agraria con el objeto de ganar firmemente a los soldados, campesinos sin tierra, a la causa revolucionaria y formar un ejército confiable.

Se produjo un *impasse* insalvable entre estas dos posiciones, que en realidad se conectaban con las alternativas fundamentales para hacer la revolución: desde *arriba*, con la pequeña burguesía y los medianos propietarios rurales, o desde *abajo*, con las masas rurales y el proletariado, que en ese momento estaba debilitado (North, 1966, pp. 87-89).

En las semanas siguientes al Congreso, varios jefes militares realizaron pronunciamientos y tomaron acciones independientes en Wuhan y Changsha que complicaron el acuerdo existente entre nacionalistas de izquierda y comunistas. En julio, el Partido Comunista se retiró del gobierno de Wuhan aunque se mantuvo dentro del Guomindang (North, 1966, pp. 89-90 y 93).

Los dirigentes de la Internacional Comunista (*Comintern*), Borodin y el indio M.N. Roy, decidieron dejar el país hacia la Unión Soviética, a fines de julio de 1927 (North, 1966, pp. 93-94). La represión nacionalista se desarrolló de manera brutal: se estima que entre 1927 y 1929 fueron asesinados 450.000 obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales con simpatías comunistas (Martinielli, 1974, t. II, p. 405).

Sin embargo, las insurrecciones campesinas y obreras continuaron en varias regiones y ciudades. En agosto de 1927, en la ciudad de Nanchang, bajo el liderazgo de Zhou Enlai, una rebelión avanzó hasta las provincias de Guandong y Hunan. En diciembre, en Cantón, los comunistas controlaron por dos días la ciudad (en un episodio conocido como *la Comuna de Cantón*). Fueron derrotados durante varios días de combate que dejaron un saldo de seis mil bajas comunistas (North, 1966, pp. 99-104). Entre setiembre de 1927 y agosto de 1928 se dieron más de cien levantamientos armados en todo el país pero sin llegar a formar un frente orgánico y viable (Zhang y Fan, 2003, pp. 224-225).

Si hiciéramos un somero análisis de la insurrección de Shanghái, tomando en cuenta sus antecedentes, podríamos apreciar que los obreros chinos poseían un considerable potencial revolucionario. Los dirigentes comunistas no solo habían trabajado este potencial sino también creado las mejores condiciones para el éxito de un levantamiento proletario (consiguieron trasladar el gobierno nacionalista a la ciudad obrera de Wuhan), luego provocaron un estallido en el principal núcleo obrero de la China.

Sin embargo, la revolución proletaria se vio frustrada por un eficaz manejo del aparato militar y represivo de Chiang Kaishek y el ala derecha del Guomindang

y sus aliados. También fue muy importante el desacuerdo que hubo entre los propios revolucionarios ante las acciones de Chiang, que tuvo que ver con cómo suplir la falta de un ejército propio y más ampliamente con las diferentes opiniones que tenían acerca de la forma de hacer avanzar la revolución: aliándose con una fracción de las fuerzas dominantes o con las masas rurales.

En esta perspectiva, es interesante señalar que en el Congreso del Partido Comunista de abril de 1927 hubo una propuesta —que fue rechazada— planteando como única solución para el comunismo retirarse a las provincias del noroeste, donde la influencia de la burguesía y el imperialismo era menor; esto le permitiría concentrar sus fuerzas para un contraataque decisivo (North, 1966, p. 87). Esta sería la carta que Mao pondría en juego siete años más tarde.

3.4. Década de Nanjing, invasión de Manchuria y Larga Marcha

Como resultado de la Expedición al Norte y la implacable persecución a los comunistas, el Guomindang obtuvo un control nominal de toda China (que no incluía amplios sectores del campo). En este escenario, Chiang pudo dedicarse a realizar algunas acciones de gobierno que representaron una modesta fase constructiva de la Revolución Nacionalista. A este período que se extendió entre 1928 y 1937 (cuando estalló la Guerra con Japón) se le conoce como la *Década de Nanjing*.

El gobierno redujo las concesiones extranjeras de 33 a 17 y recuperó el control de los servicios de aduanas y correos. Recobró la autonomía arancelaria subiendo los aranceles para proteger a la industria y aumentar sus ingresos. Modernizó el sistema financiero creando un banco central y aumentando la intervención del gobierno en los bancos; y construyó nueva infraestructura a base de préstamos. (Maddison, 2007, p. 50). Finalmente, promulgó un nuevo Código Civil otorgando mayores derechos a las mujeres.

Podía percibirse en las acciones del gobierno de Nanjing intenciones de acelerar el desarrollo económico de China. Sin embargo, estas acciones no llegaron a ponerse a la altura de los llamados que había hecho Sun Yatsen en los años veinte, en el sentido de atraer el capital internacional a la explotación del extraordinario potencial de los recursos naturales y humanos nativos, en beneficio de China y de la economía mundial (tal como hemos visto en páginas anteriores).

Sin embargo, en los años treinta, en el contexto de la Gran Depresión, un economista estadounidense, Eugene Staley, retomó de alguna forma la propuesta de Sun Yatsen, ideando un programa internacional de desarrollo centrado en la industrialización de las naciones menos desarrolladas, en particular Asia y

China, con miras a reactivar la economía global (Staley, 1939; Alcalde, 1998, pp. 93-95). Lamentablemente, la difusión de este programa (por el *Council of Foreign Relations* de Nueva York) se dio cuando Japón ya había iniciado, tal como veremos enseguida, una guerra para incorporar los recursos de China a su propio desarrollo industrial.

Los nacionalistas no consiguieron, durante la *Década de Nanjing*, que se eliminaran la extraterritorialidad ni los Tratados Desiguales. La abolición de estos, que contribuían a mantener a China, a los ojos del mundo, en el estatus de nación *semi civilizada*, era propósito original de la Revolución Nacionalista. Recién pudieron abrogarse en 1943, cuando China se convirtió formalmente en socio de los aliados contra el Eje.

Por otro lado, el régimen nacionalista adoptó ciertos rasgos del fascismo y mostró cercanía a Alemania. Chiang, que gustaba ser llamado *Generalísimo*, creó un movimiento militarizado, *Nueva Vida*, el cual incluía una fuerza de *Camisas Azules* que devino en policía secreta. Sin embargo, Chiang era mimado por las potencias occidentales debido a la decisiva resistencia que opuso a los avances de la Unión Soviética en China.

Pese a la represión que utilizaba, el control del territorio por el gobierno nacionalista era más bien débil, lo cual se reflejaba no solamente en el descuido del campo, donde operaba el Partido Comunista, sino también en la situación de regiones enteras como el Turquestán, donde nuevamente (al igual que en 1860) fuerzas rebeldes consiguieron proclamar una república independiente en 1933⁴⁷. Los protagonistas fueron esta vez los Uigures, la segunda minoría musulmana del país (después de los Hui). En 1934 la república pasó a ser un Estado títere de la Unión Soviética (hasta ser recuperada por China en 1946).

Los principales acontecimientos políticos y militares durante la *Década de Nanjing* giraron en torno a las amenazas de las fuerzas comunistas en el campo y la presencia del Japón en el norte del país. La primera en activarse fue la amenaza de Japón a través de la invasión de Manchuria en 1931.

Japón mantenía una sustancial presencia económica (concesiones) y militar (tropas) en el norte de China desde 1919⁴⁸. Había además un enorme contrabando de productos japoneses, que revelaba el quiebre del control del gobierno chino y una considerable presencia de empresarios japoneses, los cuales disfrutaban de los beneficios de la extra-territorialidad. Japón controlaba el

⁴⁷ República del Turquestán Oriental.

⁴⁸ Después de la Revolución Boxer, las potencias extranjeras podían mantener tropas en el norte de China. Japón tenía el mayor contingente de tropas.

norte de China aunque no se había apoderado de las funciones de gobierno (Chamberlin, 1938, p. 87).

En toda China, la inversión de Japón representaba más del 80% del total de la inversión extranjera japonesa (Schirokauer y Clark, 2004, p. 233). Los intereses económicos japoneses llegaban a superar a los de Inglaterra.

En el terreno militar, entre 1927 y 1929, Tokio envió tropas a proteger intereses de sus súbditos en la península de Shandong, amenazadas por el avance del ejército nacionalista al cual derrotó.

En Manchuria, después de vencer a Rusia, en 1905, Japón había tomado la región del Sur como esfera de influencia, pasando a depender casi enteramente de ella para sus suministros de soya y carbón.

Luego de que Chiang Kaishek amenazara con extender a Manchuria la reunificación de China, en 1931, el Ejército de Kwantung⁴⁹ procedió a ocupar todo el territorio, utilizando el pretexto de un sabotaje al ferrocarril japonés. El gobierno chino ofreció poca resistencia a la invasión y optó más bien por reclamar ante la Sociedad de Naciones.

En 1932 Japón creó el Estado títere de Manchukuo (“Pueblo de los Manchúes”) en Manchuria y como represalia por un boicot chino a los bienes japoneses efectuó un bombardeo y desembarco en Shanghái que fue repelido por las tropas chinas. Sin embargo, Chiang toleró el estacionamiento de tropas japonesas en tres provincias del Noreste, al Norte y Sur de la Gran Muralla y cerca de Beijing y Tianjin (Zhang y Fan, 2003, p. 227).

Pese al estado de beligerancia con Japón, los nacionalistas, desatando críticas de la población, decidieron más bien intensificar en esos momentos sus acciones militares contra las fuerzas comunistas en el campo. Era una elección desacertada, ya que Japón en 1933 comenzaba a esbozar una suerte de doctrina Monroe para toda Asia del Este que revelaba sus ambiciones agresivas y expansionistas (Best, 2008, p. 69). Chiang explicaba su actitud por la gran superioridad militar de los japoneses y su prioridad de erradicar la amenaza comunista.

El gobierno nacionalista había realizado poca labor constructiva en el ámbito rural. No había atendido el problema de la mala distribución de las tierras, disminuido los altos impuestos, extendido créditos ni luchado seriamente contra

⁴⁹ La fracción del ejército japonés que operaba en Manchuria mostrando una notable autonomía.

la usura. Sus energías se encaminaban a combatir a las fuerzas comunistas, contando para ello con asesoría y armamento de la Alemania nazi.

En esta situación de abandono, los comunistas continuaban ejerciendo atracción sobre los campesinos y realizando avances. En 1931, Mao Zedong había establecido una República Soviética China en Jianxi.

Después de cuatro ataques fallidos, Chiang envió en 1932 una fuerza desequilibrante de medio millón de soldados y 400 aviones para destruir el baluarte de Mao. Los comunistas, rodeados y en una situación insostenible, consiguieron romper el cerco en octubre de 1934, iniciando una retirada estratégica. Ochenta mil soldados dirigidos por Mao y Zhou Enlai protagonizaron entonces la *Larga Marcha*, considerada una de las mayores epopeyas del movimiento comunista chino.

Avanzaron veinticinco mil kilómetros durante dos años, cruzando diez provincias y enfrentando fuerzas enemigas, cadenas de montañas y accidentes naturales, hasta alcanzar Yan'an en la provincia de Shaanxi. Aquí llegaron solamente ocho mil soldados del contingente original, a los que en el trayecto se habían sumado otros doce mil (Zhang y Fan, 2003, p. 226).

A lo largo de esta dura experiencia el grupo consagró el liderazgo de Mao y desarrolló una extraordinaria lealtad y disciplina. Además de consolidarse en la dirección suprema (el Buró Político del Partido Comunista estableció su liderazgo personal en enero de 1935), Mao, maduró en esta crucial etapa una filosofía y tácticas, centradas en el campesinado y la guerra de guerrillas que impulsarían en los años siguientes el triunfo del comunismo en China (Zhang y Fan, 2003, p. 226).

Ciertamente, no puede afirmarse que Mao “inventara” la *vía campesina* ni que la concibiera en esta etapa. Como hemos visto en páginas anteriores, China mostraba una larga tradición de agitación y levantamientos rurales. Mao se interesó vivamente por las movilizaciones campesinas en 1926, a raíz del extraordinario aumento de las asociaciones de obreros y campesinos en vísperas de la Expedición al Norte y del apoyo de estas al avance de las tropas de Chiang Kaishek. En su *Informe sobre la Investigación del Movimiento Campesino en Hunan*⁵⁰, Mao señaló:

En un tiempo muy corto, cientos de millones de campesinos en las provincias chinas del Sur, Norte y Centro se elevaron como un tornado o una tempestad—una fuerza tan extraordinariamente rápida y violenta que ningún poder, por grande que fuera, podía detenerla. (Roberts, 2003, p. 371)

⁵⁰ Conocido como el Informe Hunan, de marzo 1927.

Tal vez podríamos decir que ante el fracaso de los intentos obreros, la experiencia de la Larga Marcha permitió a Mao ver con mayor claridad que la vía campesina quedaba en esos momentos como la única senda viable para la toma del poder por el comunismo.

3.5. Guerra con Japón, 1937-1945

Japón reveló sus intenciones de dominar China con las 21 Demandas en 1915, se hizo de la concesión de Shandong en 1919, y aumentó su predominio económico en el país en los años 1920.

La Conferencia de Washington (1921-1922) marcó un cambio en la actitud de las potencias hacia China⁵¹, las cuales, impresionadas por las manifestaciones del nacionalismo chino desde 1919, plantearon una colaboración amistosa para lograr la rehabilitación económica y política del país reduciendo también el control y los privilegios que ellas ostentaban.

En el Tratado de las Nueve Potencias (1922), respaldando la política de la Puerta Abierta de EE.UU., decidieron dejar de lado los arreglos y tratados bilaterales con China y comprometerse a respetar la igualdad de oportunidades comerciales con ella, así como su soberanía, independencia e integridad territorial. Esta nueva posición de las potencias no afectó sin embargo la vigencia de los Tratados Desiguales. Se aceptó tácitamente la posición de Japón en Manchuria pero se proscribió nuevas apropiaciones territoriales y Japón devolvió la soberanía de Shandong a China (Pyle, 2007, pp. 162-163).

Después de la Conferencia de Washington, Japón adoptó una actitud más moderada hacia China, especialmente durante la gestión del canciller Shidehara. Esta fue criticada acremente por los sectores militaristas del gobierno, en medio de la mala situación económica del país (Chamberlin, 1938, p. 83). En 1927, un nuevo primer ministro (Tanaka) dejó la moderación hacia China y envió tropas a la península de Shandong a combatir el avance de los nacionalistas que amenazaban propiedades de súbditos japoneses.

La invasión de Manchuria, en medio de un mayor deterioro de la economía japonesa, en 1931, señaló un acentuado viraje en la política de Japón iniciando una fase de agresión hacia China.

A partir de la ocupación de Manchuria, los designios imperialistas de Tokio cobraron un nuevo impulso. Después de consolidar su dominio sobre Manchuria

⁵¹ La Conferencia de Washington (1921-1922) fue convocada por EE.UU. para discutir la limitación del poderío naval de las grandes potencias así como políticas hacia China y el Extremo Oriente.

en 1932, el gobierno japonés lanzó la Declaración de Amai (1934), en la que señalaba que Japón era responsable de mantener la paz en el Lejano Oriente y que ninguna potencia debía ofrecer ayuda a China sin previa aprobación de Tokio. Por otro lado, el control efectivo del norte de China, incluyendo el estratégico eje Beijing-Tianjin, se convirtió en el nuevo objetivo de la expansión japonesa.

La Declaración de Amai era congruente con la más amplia idea japonesa de un Nuevo Orden en Asia del Este, donde una Esfera de Coprosperidad con Japón como líder y centro, buscaba forjar una realidad regional diametralmente opuesta a la prevista por la Conferencia de Washington, que como hemos visto reiteraba el principio de la Puerta Abierta (igual acceso de las potencias) en China (Hall, 1964, p. 234).

Japón efectuó un salto cualitativo en sus designios al emprender una guerra sostenida contra China en 1937. Tokio se preparó para esta arremetida aumentando su presencia militar en el país fortaleciendo el Ejército de Kwantung, en Manchuria a 114,000 efectivos (1933), que lo ponía en gran ventaja frente a las tropas chinas en el norte (Mitter, 2013, p. 25).

En 1917, el joven estudiante Mao Zedong había percibido que Japón “era el gran enemigo de nuestro país” y proféticamente sentenció que “dentro de veinte años, China tendrá que luchar contra Japón o rendirse por completo” (Tooze, 2016, p. 141).

En los años 1930, igualmente, varios jefes nacionalistas se percataban que el mayor enemigo eran los japoneses y se resistían a atacar al Ejército Rojo, al que más bien veían como un aliado natural contra el invasor. En diciembre de 1936 uno de estos jefes, Zhang Xueliang (quien había sido caudillo militar en Manchuria), tomó prisionero a Chiang Kaishek en una visita que este efectuaba en Xi’an y lo retuvo hasta que Chiang aceptó un armisticio con los comunistas y la formación de un frente común, bajo el mando nacionalista.

Las hostilidades entre China y Japón comenzaron en julio de 1937 con un incidente militar en el puente Marco Polo, cerca de Beijing (llamado el Incidente de Lugouqiao por los chinos). A fines de julio los japoneses tomaron Beijing y Tianjin. A mediados de agosto atacaron Shanghái pero fueron contenidos; durante tres meses sufrieron 50 mil bajas y vieron desvanecer la perspectiva de la victoria rápida que habían anticipado (Zhang y Fan, 2003, p. 229). Por su parte, China no vio materializarse la ayuda que esperaba de las potencias occidentales en la desigual confrontación.

Shanghái cayó en diciembre de 1937 y poco después, tras una fiera resistencia, Nanjing, donde los japoneses masacraron a trescientos mil civiles dejando grabado en la memoria china un atroz episodio de barbarie.

Hasta octubre de 1938 los japoneses se apoderaron de las principales ciudades y puertos del Este de China, incluyendo Guangzhou (Cantón) en el Sur y Wuhan hacia el Oeste. Una explicación de su consistente avance es el hecho que se enfrentaban frecuentemente a ejércitos “regionales”, mal equipados (por la desconfianza de Chiang Kaishek de suministrar a estos cuerpos aviones o artillería pesada) y mal preparados, manejados, además, cautelosamente por jefes militares que veían en ellos su principal capital político (Bianco, 1976, p. 114).

Los nacionalistas trasladaron la capital y las fuerzas productivas a Chongqing, en el Este, sobre el río Yangtsé. Desde allí sostuvieron los esfuerzos de la que denominaron Guerra de Resistencia frente al invasor.

La producción, tanto industrial (incluyendo metalurgia, industria mecánica, eléctrica y química, y construcción naval) como agrícola, floreció en el Oeste y permitió en gran medida sostener a la población china⁵² y apoyar la Guerra de Resistencia. La cultura fue organizada como un importante frente para unir al pueblo y atacar al invasor. Por su parte, el gobierno comunista fijó su sede en Yan’an y estableció, entre otras instituciones, Asambleas de Gobierno del Pueblo, instituciones de formación política y militar, y una Academia de Marxismo-Leninismo (Zhang y Fan, 2003, p. 230).

La Resistencia china pudo contener el empuje japonés por casi seis años. Los japoneses mantuvieron el territorio que ganaron a fines de 1938 y no lanzaron nuevas grandes ofensivas hasta abril de 1944 (cuando los estadounidenses comenzaron a bombardear sus bases en China).

La Segunda Guerra Mundial estalló en Europa en setiembre de 1939. Estados Unidos suspendió en 1940 los suministros que venía dando al esfuerzo bélico de Japón en China, cuando el primero invadió la Indochina francesa⁵³. A partir del ataque japonés a Pearl Harbor, en diciembre de 1941, la guerra sino-japonesa se volvió parte de la conflagración mundial⁵⁴.

⁵² Hubo una gran hambruna en las provincias centrales en 1943.

⁵³ Estados Unidos proporcionaba a Japón dos terceras partes de los materiales que necesitaba para llevar adelante la guerra contra China (Hall, 1964, p. 235).

⁵⁴ Hay opiniones de que la Segunda Guerra Mundial en realidad empezó en 1937 con el ataque japonés a China.

En abril de 1944 se dio una gran ofensiva japonesa que destruyó a los ejércitos nacionalistas. Sin embargo, en 1945 los chinos pudieron recuperar algunas posiciones. Finalmente, en agosto de 1945, EE.UU. lanzó la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki. Días después de la rendición general de Japón, el 9 de setiembre se produjo la rendición japonesa en el teatro de operaciones de la China, en Nanjing, ante el jefe del ejército chino.

La guerra significó para China 14 millones de muertos, 80 millones de desplazados internos y la destrucción de la infraestructura moderna del país. Para Japón, significó principalmente el fracaso en la dominación de China, negándole la ocupación de estratégicas regiones del territorio del país en su campaña de expansión en Asia y permitiéndole solo un limitado aprovechamiento de los recursos naturales del país. Además le significó mantener 800 mil soldados e importantes recursos bélicos enganchados en el teatro chino sin poder utilizarlos en otros frentes de guerra en el Asia.

Si, por otro lado, queremos pensar en las ganancias relativas derivadas de la guerra debemos considerar las consecuencias favorables que arrojó para el bando comunista.

Los comunistas poseían la habilidad de infiltrarse e instalar gobierno en las zonas que ocupaban los japoneses después de derrotar al ejército nacionalista. Así, se hicieron fuertes detrás de las líneas enemigas en la mayor parte de las provincias de Shaanxi, Hebei y Shandong, en la cuenca inferior del Yangtsé y temporalmente en el Sur de la China.

Operaban diestramente guerrillas en la retaguardia de las líneas japonesas, dirigiendo la resistencia. Y las brutales represalias de las tropas ocupantes contribuían a fortalecer la rebeldía de los campesinos y, según Bianco (1976, p. 117), a crear una suerte de conciencia nacional que hasta entonces se había limitado a las clases urbanas.

De esta manera, entre 1937 y 1945 el número de campesinos bajo gobierno comunista se incrementó de uno y medio a noventa millones. El Ejército Rojo creció, a base de los reclutas rurales, aproximadamente de ochenta mil a novecientos mil soldados. En este caso, hay que señalar un fuerte contraste entre el comportamiento del ejército nacionalista y el Ejército Rojo: en tanto que el primero maltrataba a sus propios reclutas y despojaba a los campesinos, el Ejército Rojo funcionaba principalmente a base de ideales comunes, pagaba lo que consumía de la población civil y aún ayudaba en las tareas productivas del campo.

Por último, la privación que sufrió el gobierno nacionalista desde 1937 de los ingresos fiscales (que fueron captados por los japoneses), en medio de los crecientes gastos de la guerra, causó una fuerte inflación (500% a 1944) y empobrecimiento y empujó a las burocracias estatales a la corrupción, la cual aumentó el desprestigio y rechazo del régimen (Bianco, 1976, pp. 116-120).

Conclusiones

El Siglo de Oro de la dinastía Qing, que llevó a China a un desarrollo igual o superior que cualquier Estado europeo durante el siglo XVIII, fue gestando al mismo tiempo, de manera paradójica, las condiciones para una declinación marcada de la prosperidad y fortaleza del Imperio en un siguiente período.

Las principales causas de esta declinación fueron un fuerte aumento de la población, la ausencia de grandes rivales y conflictos militares y la escasez de estímulos e innovaciones técnicas, tanto en la producción como en la defensa, esta última debida al aislamiento perseguido por los gobernantes Qing.

La fase de expansión imperialista de las potencias europeas y Japón encontró así, en el siglo XIX, a una China incapaz de hacer frente a los ejércitos de potencias industriales, que le impusieron condiciones que menoscabaron su soberanía y dignidad. Además, el Imperio se enfrentó a una oleada de rebeliones internas que, más intensamente que en otras épocas, lo hicieron tambalear. Estas rebeliones fueron de carácter rural y en gran medida estuvieron promovidas por sociedades secretas, que mostraban una larga tradición de defensa popular e influencia sobre las masas campesinas.

El factor religioso fue también importante en estas rebeliones y en algunos casos, como en el Turquestán musulmán en 1860, se vincularon con intervenciones extranjeras que amenazaron con la secesión.

En la segunda mitad del siglo XIX, el gobierno y las elites chinas fueron tomando dolorosa y lentamente conciencia de la necesidad de cambios internos y adopción de prácticas occidentales. Un resultado de estas reformas fue la centralización del manejo de las relaciones exteriores del Imperio. Todo el proceso, sin embargo, se vio frustrado por la debilidad y ambivalencia ante la modernidad de los actores sociales involucrados y los intereses conservadores de la dinastía manchú.

La penetración de China a través de los Tratados Desiguales y las Concesiones extranjeras y la influencia de un Japón moderno, en este mismo período, fueron introduciendo simultáneamente prácticas económicas e ideas políticas que dieron fuerza al capitalismo en sectores empresariales y a un nacionalismo revolucionario en sectores intelectuales, el cual construyó la idea de una moderna nación china.

La primera guerra con Japón (1894-1895) fue un acontecimiento que desnudó las debilidades del imperio chino y aun arrojó dudas sobre su capacidad de supervivencia. En esos momentos, una China que se percibía inusitadamente insegura en su entorno concertó su primera alianza en los tiempos modernos, con Rusia (1895). En lo interno, el conflicto hizo ver la falta de cohesión de la nación china y propició que se comenzara a trabajar la educación básica para estrechar los lazos de la nacionalidad.

Una rebelión en Wuchang, que se extendió a varias regiones en 1911 y 1912, consiguió negociar la participación de un alto jefe militar del gobierno (Yuan Shikai). Este arreglo acabó con la dinastía manchú y el imperio y dejó nominalmente en el poder al Partido Nacionalista que estableció la república.

El otorgamiento de la Concesión de Kiaochow a Japón por las potencias occidentales en la Conferencia de París (1919), en violación del principio de Libre Determinación, trajo una gran movilización de la sociedad china (el Movimiento 4 de Mayo). Esta dinamizó vigorosamente los designios nacionalistas y de modernización en la nueva república y acabó con los rescoldos del orden tradicional.

Los nacionalistas se aliaron con el nuevo Partido Comunista y en el marco de una segunda colaboración con Rusia (soviética) lograron librar por la vía de las armas a China de la anarquía del dominio de los jefes militares (*Warlords*). Sin embargo, estos no desaparecieron y siguieron siendo un factor adverso para la integración del país.

La ciudad de Shanghái, núcleo de un pujante capitalismo chino, fue en pocos años el escenario del cruento rompimiento entre nacionalistas y comunistas, en momentos en que estos últimos ganaban posiciones dentro de la alianza.

Los comunistas y el ala izquierda del Guomintang consiguieron trasladar la sede del gobierno a Wuhan, origen de la revolución y segundo centro obrero del país (1927). Al mismo tiempo, los obreros, sensibilizados y movilizados por los comunistas, tomaron Shanghái. Imprevistamente, Chiang Kaishek decidió en ese momento acabar la alianza y entrar a Shanghái aplastando brutalmente a comunistas y obreros.

En este trance crucial el Partido Comunista no pudo reaccionar organizando una gran estrategia de contrataque. Tal vez fue crítica la carencia de un brazo militar propio. Más de cien levantamientos populares en todo el país, en doce meses, fueron incapaces de revertir el sofocamiento de lo que podría haber sido, por su respaldo masivo, el triunfo de una revolución proletaria.

Pocos años después, la retirada táctica de las fuerzas comunistas en una Larga Marcha por gran parte del territorio chino (1934-1935) dio oportunidad a Mao Zedong para consolidarse como líder del movimiento comunista y madurar sus ideas en torno a una Vía Campesina de revolución que aprovechara en una escala inédita el potencial insurreccional de las masas rurales.

Por esos mismos años, el repliegue del comunismo dejó a Chiang Kaishek una década (1928-1937) con mayor libertad de acción para materializar algunos aspectos de la agenda nacionalista en la nueva república desde un nuevo centro de gobierno en Nanjing. La más importante medida fue recuperar la potestad de fijar los aranceles de importación, que le había sido quitada después de la Primera Guerra del Opio y así proteger a la industria nacional y asegurar a la vez ingresos para el fisco. También recuperó un número de concesiones para el Estado, aumentó la intervención financiera de este y construyó infraestructura que facilitara el desarrollo. Sin embargo, no consiguió que se eliminara la extraterritorialidad ni los Tratados Desiguales, lo cual había sido propósito fundamental de la Revolución Nacionalista.

En el campo, las acciones del gobierno fueron notoriamente escasas, aparte de la lucha contra las guerrillas comunistas. Su limitado dominio territorial permitió, por otro lado, un nuevo episodio de secesión con intervención extranjera (soviética) en la provincia de Xinjiang (1933-1946).

Un momento crucial de la evolución moderna de China ocurrió cuando Japón, que había sido modelo e inspiración de los nacionalistas y después la principal potencia que explotaba la postración china, decidió lanzar una arremetida final de dominio en 1937 en el marco de su proyectada Esfera de Coprosperidad Asiática.

Por su superioridad militar, Japón se apoderó en poco más de un año de los principales puertos y ciudades del país. Pero no pudo doblegar al gigante chino herido, pese a que los Estados europeos, comprometidos por la guerra mundial, no intervinieron y EE.UU. mantuvo una actitud ambivalente en gran parte del conflicto, pues apoyaba a Chiang al mismo tiempo que vendía suministros básicos a Japón.

El hecho fundamental fue que China sostuvo una vitalidad extraordinaria, porque estaba adquiriendo un nuevo propósito e identidad como nación y, además, poseía mecanismos de gobierno en el campo que, lejos de desgastarse con el conflicto bélico (como ocurrió con el Guomindang) se robustecían en la lucha.

En efecto, no solo fue la organización del Partido Comunista sino especialmente el sentimiento de nacionalidad de la población rural que se desarrollaron en

el combate. En este sentido, el rechazo al Japón hizo aflorar en los campesinos la misma fuerza que el sentimiento anti-manchú había logrado treinta años antes en la población urbana. Asomaban así las condiciones para un proyecto integral de nación china.

Cuando el curso de la guerra mundial marcó la debacle de Japón, el pueblo chino, liderado por el comunismo, comenzó a tomar firmemente su destino en sus manos. En poco tiempo derrotaría al menguado bando nacionalista y establecería un nuevo Estado.

Como observación final, diremos que el *Siglo de la Humillación* dejó una fuerte impronta en la sociedad china. La percepción fue que la grandeza del Imperio fue destruida por la agresión imperialista de las potencias occidentales y Japón. Por esta razón se ha desarrollado en ella una especial sensibilidad en el trato de cuestiones de soberanía e integridad territorial.

Al mismo tiempo, sus gobernantes ven con acentuado temor los movimientos de protesta popular, por su potencial de convertirse en rebeliones y sembrar la anarquía, particularmente cuando muestran un cariz religioso (como el Falun Gong) o puede sospecharse en ellos interferencia extranjera (como en el movimiento Uigur en Xinjiang).

Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, J. (1989). *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*. Oxford University Press.
- Alcalde, J. (1998). *La idea de desarrollo del Tercer Mundo: la visión inglesa y norteamericana: 1900-1950*. Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Alcalde, J. (2004). *Los Estados Fallidos: La influencia del desarrollo*. Centro de Estudios para el desarrollo y la participación.
- Alcalde, J. (2017). *Las potencias del cambio. Rusia, India y China en la transformación del orden internacional*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Aron, R. (1966). *Peace and War; a theory of international relations*. Praeger.
- Arrighi, G. (1999). *El Largo Siglo XX*. Ediciones Akal.
- Bartlett, C. (1994). *The Global Conflict; the international rivalry of the Great Powers, 1880-1990*. Pearson Education.
- Best, A. Hanhimaki, J.M., Maiolo, J. y Schulze, K. (2008). *International history of the twentieth century and beyond*. Routledge.
- Bianco, L. (1971). *Origins of the Chinese Revolution, 1915-1949*. Stanford University Press.
- Bianco, L. (1976). *Historia Universal. Asia Contemporánea*. Siglo XXI.
- Black, J. (2007). *Tools of War; the weapons that changed the world*. Quercus Publishing.
- Borel, H. (1913). *The awakening of China*. En E. Singleton. The world's great events. Collier.
- Borthwick, M. (2007). *Pacific Century: The emergence of modern Pacific Asia*. Westview Press.
- Bozeman, A. (1994). *Politics and Culture in International History*. Transaction Publishers.
- Bull, H. y Watson, A. (1984). *The expansion of international society*. Oxford: Clarendon Press.
- Carr, E. H. (1963). *International relations between the two world wars, 1919-1939*. Macmillan.
- Chamberlin, W. (1938). *Japan over Asia*. Duckworth.
- Clements, J. (2013). *Modern China*. Hodder & Stoughton.
- Clydesdale, G. (2017). *The Art of Business: how the Chinese got rich*. Robinson.
- Dietrich, C. (1998). *People's China; a brief history*. Oxford University Press.
- Encyclopedia Britannica. (1892). R.S. Peale.
- Fairbank, J.K. (1992). *China: a new history*. The Belknap Press.
- Farndon, J. (2008). *China Rises: How China's Astonishing Growth Will Change the World*. Virgin Books.

- Fenby, J. (2008). *The Penguin History of Modern China, the fall and rise of a Great Power*. Allen Lane.
- Feuerwerker, A. (1976). *State and society in Eighteenth century China*. University of Michigan Center for Chinese Studies
- Findlay, R. y O'Rourke, K. (2007). *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millenium*. Princeton University Press.
- Finer, S.E. (1999). *The History of government from the earliest times, III*. Oxford University Press.
- Franke, W. (1967). *China and the West*. Blackwell.
- Goetzmann, W. (2016). *Money Changes Everything; how finance made civilization possible*. Princeton University Press.
- Hall, D. (1964). The Far East. En *The Era of Violence, 1898-1945. The New Cambridge Modern History, XII*. Cambridge University Press.
- Hayes, C. (1929). *A Political and Social History of Modern Europe, 1815-1924, II*. Macmillan.
- Hopkirk, P. (1984). *Setting the East ablaze; Lenin's dream of an empire in Asia*. John Murray Publishers.
- Hudson, G. (1960). The Far East. En *The Zenith of European Power, 1830-1870. The New Cambridge Modern History, X*. Cambridge University Press.
- Huntington, E. (1915). *Civilization and Climate*. Harper & Brothers.
- Kalyanaraman, S. (2020). *The China-India-US Triangle: Changing balance of power and a new Cold War*. Manohar Parrikar Institute for Defence Studies and Analysis.
- Kennedy, P. (1987). *The Rise and Fall of the Great Powers*. Vintage Books.
- Kerr, G. (2013). *A short history of China*. Pocket Essentials.
- Kissinger, H. (2011). *On China*. Allen Lane.
- Lu, H. (2010). *The Birth of a Republic*. University of Washington Press.
- Maddison, A. (2007). *Chinese Economic Performance in the Long Run*. OECD.
- Martinelli, F. (1974). *Historia de China (2 Vols)*. De Vecchi.
- McNeill, W. (1982). *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force and Society since A.D. 1000*. The University of Chicago Press.
- Meisner, M. (1999). *Mao's China and After; a history of the People's Republic*. Nueva York: The Free Press.
- Mishra, P. (2012). *From the Ruins of Empire; the Revolt against the West and the Remaking of Asia*. Allen Lane.
- Mitter, R. (2013). *China's War with Japan, 1937-1945*. Penguin Books.
- Modelski, G. y Thompson, W. (1996). *Leading sectors and world powers: the coevolution of global economics and politics*. University of South Carolina Press.
- Moore, B. (1966). *The Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Beacon Press.
- Morgenthau, H. y Thompson, K. (1985). *Politics among Nations*. A. Knopf.
- Needham, J. (2004). *De la Ciencia y la Tecnología Chinas*. Siglo XXI.

- North, R. (1966). *Chinese Communism*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Pyle, K. (2007). *Japan Rising*. Nueva York: Public Affairs.
- Roberts, J.A.G. (2003). *The Complete History of China*. Stroud: Sutton Publishing Ltd.
- Rodzinski, W. (1984). *The Walled Kingdom; a history of China from antiquity to the Present*. The Free Press.
- Schell, O. y Delury, J. (2013). *Wealth and Power; China's long march to the twenty-first century*. Little Brown.
- Schirokauer, C. e Irk, D. (2004). *Modern East Asia; A brief history*. Thomson Wadsworth.
- Schurman, F. y Schell, O. (1967). *China Republican*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schwarzenberger, G. (1955). *The Standard of Civilization in International Law*. Current Legal Problems, 8.
- Silbey, D. (2012). *The Boxer Rebellion and the Great Game in China*. Hill and Wang.
- Skocpol, T. (1979). *States and Social Revolutions: A comparative analysis of France, Russia and China*. Cambridge University Press.
- Staley, E. (1939). *World Economy in Transition*. Council on Foreign Relations.
- Starvidris, J. (2017). *Sea Power: The History and Geopolitics of the World's Oceans*. Penguin Books.
- Stearns, P. (2001). *The Encyclopedia of World History*. Houghton Mifflin.
- Teng, S. y Fairbank, J. (1967). *China's response to the West; a documentary survey, 1839-1923*. Atheneum.
- Toh, Han Shih (2017). *Is China an empire?* World Scientific Publishing Co.
- Tooze, A. (2016). *El Diluvio; la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*. Crítica.
- Tsui Chi (1962). *Historia de China y de su civilización milenaria*. Editorial Surco.
- Unschuld, P. (2013). *The Fall and Rise of China: Healing the Trauma of History*. Reaktion Books.
- Wakeman, F. (1975). *The Fall of Imperial China*. The Free Press.
- Weatherford, J. (2004). *Gengis Khan and the making of the modern world*. Three Rivers Press.
- Westad, O.A. (2012). *Restless Empire; China and the world since 1750*. Bodley Head.
- Wolpert, S. (1997). *A New History of India*. Oxford University Press.
- Zhang, Y. y Fan, W. (2003). *The History and Civilization of China*. Central Party Literature Publishing House.

